


# RALPH BARBY

9

# NASCITURUS

TERROR

# NASCITURUS

RALPH BARBY

Colección
ESCALOFRÍOS TERROR N.° 9

Ediciones Olimpic S.L.
Apdo. Correos, 9428
08080 - Barcelona

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, es simple coincidencia.

ISBN 84-7750-032-0
Depósito Legal: M40.023 1987
1ª edición enero 88
1ª edición en América julio 88


Fotomecánica LOSER S.A.
Puerto Príncipe, 24 08027 — Barcelona
Imprime FUTURA — GIESA
Distribuye: R.B.A.
Pol. Ind. Zona Franca Sector B, Calle B, 11 08004 — Barcelona

# CAPÍTULO PRIMERO

—¡Es fantástico! —aplaudió Margot excitada.

Había el revuelo propio de los vestuarios después de los ejercicios de atletismo; chandals, ropa femenina tirada, zapatillas, carcajadas juveniles, cuchicheos, voces altas, todo iba de un lado a otro del amplio vestuario mientras el vapor escapaba del área de duchéis.

—Pero, ¿cómo ha sido eso? —preguntó Sandra vivamente interesada.

Nadine sonrió satisfecha. No podía remediarlo, se sentía complacida en su vanidad.

—Tengo que bailar para un video-clip que será un éxito.

—Pero, no cantarás tú —le objetó Margot.

—No, claro que no. En un video—clip interviene mucha gente, pero cuanto más artístico, mejor. Por lo visto, un tipo de la productora de video—clips fue a la clase de danza de madame Bernard y se fijó en mí. Me dijo que si quería hacer una prueba en el plato de rodaje…

Trató de aumentar el interés de sus dos amigas más íntimas y antes de continuar, se puso el jersey por la cabeza mientras Margot y Sandra se impacientaban por saber más de aquella aventura en la vida de su compañera.

—Fui. Había otras, para qué negarlo. No salió mal del todo, pero me dijeron que tenía que hacer algo mejor… Les repliqué que no me había sentido motivada.

—No nos habías contado nada —se quejó Margot.

—Es que no estaba segura de que fuera a salir bien. La verdad es que me hace mucha ilusión.

—¿Y quién será el cantante o la cantante de ese video-clip? —inquirió Sandra.

—Ni yo misma lo sé, es un secreto comercial. Ellos hacen pruebas y luego, si les sale bien, pues adelante. Yo me curo en salud. Haré una grabación, pero puede que ésta jamás vea la luz.

—No te preocupes, que eso no sucederá —le dijo Margot, animosa.

—Prefiero no hacerme ilusiones. Querían una cara nueva muy joven, alguien que no fuera vista. Luego, Dios dirá.

—Será un éxito, ya lo verás.

—Podéis venir conmigo al rodaje, así me sentiré más acompañada.

—¡Claro que iremos! —exclamaron, abrazando a la amiga del

instituto que ya creían casi en la cumbre del éxito.

Llegó el esperado día de la grabación.

Nadine nada dijo a su abuela con la que convivía mientras su padre viajaba por diversos países por asuntos profesionales.

Se sentía excitada. Ella misma conducía el pequeño "Volkswagen" Polo de color rojo. Llegaron a la pequeña aldea que le habían indicado y allí, frente a un hostal, aguardaba un poderoso "Nissan" Patrol.

—¿Eres tú Nadine? —preguntó un hombre joven y fuerte, con un frondoso bigote rizado.

—Sí, soy yo —se identificó. Señalando a sus amigas, añadió—: Vienen conmigo.

—Vamos, no se puede perder más tiempo.

El "Nissan" Patrol circuló unos pocos kilómetros por una carretera asfaltada de tercer orden y después se introdujo por un camino forestal, ascendiendo por unas montañas en las que abundaba el arbolado hasta que llegaron a la cima de una de ellas, bastante plana, en la que emergía un magnífico dolmen muy bien conservado.

Allí, distanciados entre sí, había otros vehículos todo terreno y unos postes clavados en la tierra, aseglarados con rocas para mantener su verticalidad. En lo alto habían colocado focos.

Un vehículo "todo terreno", mayor que los otros, era el centro electrónico de grabación. Un par de hombres estaban apilando troncos para preparar varias hogueras, en el centro de las cuales ponían saquitos de materias que al arder ofrecerían efectos especiales muy vistosos.

—¡Aquí está la chica! —gritó el hombre que las había conducido hasta el lugar de grabación.

—Esto se va a poner divertido —opinó Margot.

—No sé, esperaba ver un plato o algo así — dijo Nadine.

—¡Eh, Nadine, ven aquí! —exigió el director de la grabación.

—Un momento, enseguida vuelvo con vosotras —dijo a sus amigas.

—Tú haz lo que te digan, nosotras seremos tus espectadoras —le respondió Sandra. Nadine entró en el vehículo que contenía el material más sofisticado de grabación. Marcel Fournier, el director de todo aquel montaje para el video-clip, la hizo sentar frente a él y lo primero que hizo fue preguntarle:

—¿Te drogas?

La muchacha se lo quedó mirando fijamente.

—No.

—¿Te has drogado alguna vez? —insistió.

—¿Qué pasa, esto es un interrogatorio?

—Mira, pequeña, esto es un trabajo de equipo. Yo preparo un video-clip. Ya sabes que tú no veis a ser la estrella, la estrella será un cantante.

—¿Hombre o mujer? —preguntó.

—Hombre, por eso interesa que tú luzcas mucho como hembra.

—Ya, como objeto sexual —dijo con mucha suficiencia y algo despectiva.

—Me da lo mismo si eres feminista o no. Lo que pienses, te lo guardas. Lo que yo quiero es un trabajo con mucho arte y sentimiento. No sé si estaremos perdiendo el tiempo. Quiero una grabación fresca, algo que te salga de dentro. Vas a tener que soltarte, todo depende de ti. Si esto sale mal, haremos la grabación en otra parte y con una chica diferente.

—¿Ya la tiene preparada?

—Sí. Tú tienes tu oportunidad, pero nosotros no nos lo jugamos todo a un solo caballo. Quiero que entiendas que no dependemos de ti, que no eres ninguna diosa y que si haces mal tu trabajo, te harás daño a ti misma y no a nosotros. Si sale mal, sólo perderemos un puñado de francos, pero eso ya está previsto en el coste del video-clip.

Nadine odió a aquel hombre tan pragmático y expeditivo que no parecía amar a otra cosa que a su trabajo. Aquello tenía que salir bien y todo lo demás, que se pudriera, fueran personas o coséis. Pero ella estaba allí e iba a demostrar que tenía sentimientos.

—Está bien, haré lo que me dice y no me pondré a llorar.

—Magnífico, hablas como una chica con experiencia. Ahora, dime ¿te has drogado alguna ve2?

—No. Una vez fumé un porro y no me gustó. No, no fumo porros, ni siquiera tabaco.

—Entonces, no sé si serás *capaz* de autoexcitarte, de entregarte de forma que pierdas el mundo de vista, la época que vives y quién eres.

—Lo intentaré si me dice qué es lo que debo hacer.

—Danzar sobre el dolmen.

—¿El dolmen, y no se va a caer?

—Ha estado miles de años ahí, no temas. Un técnico ha plastificado parte de la superficie para que no tengas problemas. El peligro está en que te exaltes demasiado y te caigas desde lo alto.

—No voy a caerme —replicó, cansada de ser tratada como una niña.

—Sé que bailas muy bien. Eres muy bonita de cara y tienes un cabello precioso y muy largo.

—¿Es importante eso?

—Sí, para la imagen que has de dar. Cuando dances, procura que el pelo te cubra muchas veces la cara. Además, danzarás en top-less.

—¿Quéee?

—No te asustes, mujer. Llevarás unos pantalones largos que te cubrirán hasta los pies de piel de leopardo auténtica. En las manos te pondremos unas garras.

—¿Voy a ser la mujer pantera?

—Más o menos. Nadie te va a dirigir en la forma de danzar, eso es cosa tuya. Has de llegar al público que vea la grabación. No se trata de que pretendáis asustar a nadie y menos a los niños pequeños. Danzarás como una hembra medio humana medio leopardo que invoca a los dioses para que el macho venga a por ella. ¿Te parece fuerte?

Nadine tragó saliva.

—Algo fuerte. No se me había dicho que tuviera que bailar con los pechos Eli aire.

—Los tienes bonitos y jóvenes. Si no quieres que se vea bien tu cara, no se verá. Lo importante es la imagen de la hembra humana-leopardo. ¿Comprendido?

—El top-less tiene un pequeño problema.

—¿Cuál? —inquirió Marcel Fournier.

—Que me van a pagar el doble y después tengo derecho a opinar acerca de si saldrá o no mi rostro con claridad.

Marcel Fournier sacó un cigarrillo del paquete, lo encendió y después opinó:

—Aprendes pronto, chica lista, llegarás lejos, claro que yo, a tu petición, puedo poner mi objeción.

Nadine se levantó.

—Me voy.

El la cogió por el antebrazo izquierdo y la obligó a sentarse de nuevo.

—No hagas chiquilladas. Te pagaremos el doble como pides siempre que la grabación sea buena. Si no es válida, sólo cobrarás lo estipulado. ¿De acuerdo?

—Sí, siempre que la grabación mala me sea entregada y no sea empleada para nada ni vendida a ninguna otra agencia o productora de videos.

—Oye, ¿quién te ha enseñado a negociar?

—Mi padre, es representante.

—Vaya, podían haberme avisado. De todos modos, ya que estamos aquí, de acuerdo en todo, es preferible lo caro pero bueno que lo barato y malo.

—Lo quiero todo por escrito.

—No fastidies.

—Sí, se puede escribir enseguida, ahí veo una máquina de escribir, una de mis secretarias puede redactar el contrato y luego usted lo firma.

—¿Una de tus secretarias?

—Sí, están afuera —dijo Nadine, refiriéndose a sus amigas.

—Está bien, pero antes, vas a ponerte unos auriculares y oirás las

músicas que sonarán como fondo cuando dances sobre el dolmen. Te advierto que sólo se hará una toma. Tendremos varias cámaras grabando al mismo tiempo, pero como hay efectos especiales de luces, rayos láser y las hogueras, ha de salir a la primera. Esto no es una película de Hollywood de los años cincuenta, todos los técnicos que hay aquí cuestan dinero.

—Seguro que les paga más que a mí.

—Cada uno de ellos, en su profesión, también es un artista, pero no hablemos de salarios, porque si no ellos también empezarán a llorar y me voy a ahogar con tanta lágrima.

Nadine se puso los auriculares y pudo oír una música que la sorprendió pero al mismo tiempo le gustó. Era una música electrónica elaborada con sintetizadores, una música que hacía pensar en tiempos futuros y remotos a la vez. Se preguntó a sí misma cómo danzaría aquella música.

Marcel Fournier le mostró unos dibujos en los que se vio reflejada, pues el dibujante había tratado de plasmarla siguiendo las indicaciones de Fournier. La melena rubia flotando de un lado a otro, los ajustadísimos pantalones que convertían la mitad de su cuerpo, desde la estrecha cintura hasta los pies, en hembra de leopardo. Había ritmo y movimiento en aquellos dibujos.

—¿Serás capaz? —le preguntó Marcel Fournier mientras Sandra escribía lo que su amiga le indicara.

—Lo intentaré. Me gustaría disponer de un gran velo rojo.

—¿Velo?

—Sí, para agitarlo con las manos, como para envolverme en él. Creo que resultará muy plástico.

—Cuenta con él, pero no será rojo. En la grabación se verá rojo, azul, verde, amarillo o como convenga.

—¿Por los focos?

—Exacto.

—Me parece bien —aceptó Nadine.

—Oye, tú no eres una mujer-niña.

—¿Por qué? —preguntó ella con picardía en sus ojos verdes.

—Porque hablas como una mujer muy experimentada.

—Bueno, algún día le cuento por qué.

—De modo que hay un secreto, ¿eh?

—Siempre hay un secreto en todo y así es más interesante.

—De acuerdo, de acuerdo, pero si sale bien tendrás que dejar el instituto porque te vamos a dar mucho trabajo. Pareces buena y entiendes las cosas a la primera, aunque diría que vas más allá de lo que se te pide, claro que ahora sólo son presunciones, luego veremos de qué serás capaz. A lo peor sólo eres un "bluff" con pico de oro.

Cenaron. Los profesionales de la electrónica continuaron trabajando preparándolo todo. Sandra y Margot parecían más excitadas que la propia Nadine que era quien debía interpretar el extraño papel de la mujer-leopardo.

—Hoy tenemos una hermosa luna llena —comentó Nadine.

A su lado, Marcel Fournier, un hombre de más de cuarenta años pero muy vital, puntualizó:

—La noche está escogida especialmente. Es un magnífico plenilunio y sabemos que las nubes no nos van a estorbar. La luna saldrá más grande de lo que es porque utilizaremos el zoom. Tú danzarás sobre el dolmen a la luz de la luna llena y las hogueras. Habrá focos, pero no se verán en la grabación.

—¿Así es que me han escogido por mi pelo rubio y largo?

—Por el pelo rubio y largo, porque tienes los ojos verdes, porque eres muy joven y porque esta danza, espontánea y salvaje como queremos que salga, no la haría una profesional que ya están cargadas de tics y vicios de interpretación. No quiero que interpretes si no que sientas, que vibres con esta música y eso sólo puede hacerlo un corazón adolescente como el tuyo. No queremos dar una imagen falsa, queremos algo natural como tú. Estoy seguro de que no te quedarás colgada ahí arriba sin saber qué hacer. ¿Te has acostado con algún chico?

—Váyase a la mierda.

—Te sale la agresividad por la lengua… No me lo digas si no quieres, pero cuando dances, piensa en ello. Como ni tu padre ni tu madre ni tu abuela van a oírme, te puedo decir que cuando dances debes pensar que estáis siendo poseída.

Todo estaba dispuesto. Marcel Fournier parecía confiar plenamente en Nadine, pero faltaba su actuación y ésta, por lo que se exigía de ella, no se podía improvisar.

—Ha llegado la hora, encanto. Sube al dolmen y luego quitaremos la escalera.

Vestida con el ajustadísimo pantalón que le cubría hasta los pies y convertía la mitad de su cuerpo en leopardo, Nadine se protegió los pechos desnudos con el velo-chal. El hermoso cabello lacio y rubio caía sobre su espalda y parte de los hombros.

Los focos se encendieron y las cámaras, que ya tenían tomadas posiciones, comenzaron a grabar. Cuando todo terminase, ya se haría un buen montaje de primeros y segundos planos. El zoom y las lentes de aumento tenían mucho que decir en aquella grabación, ya que se hallaban a considerable distancia del dolmen.

Nadine caminó sobre la superficie plastificada del dolmen, preparada para que pudiera moverse bien con sus pies medio forrados por la piel.

—¡Preparada, acción, música!

Los altavoces estaban listos para llenar todo aquel lugar con la música elaborada por ordenador. La gran luna llena surgía limpia y hermosa por detrás de Nadine que comenzó a moverse primero con lentitud.

La Luna era la diosa de las tinieblas y Nadine, la sacerdotisa salvaje que se entregaba más y más a la danza. No seguía ninguna pauta, no había ortodoxia alguna en sus movimientos. Había instinto, entrega, sentimientos.

Los focos de colores distintos cambiaban el color de la piel de la joven, también el velo que se agitaba en el aire y se enrollaba y desenrollaba en torno a su cuerpo como convirtiéndose en unas alas.

Las hogueras se encendieron por control remoto. Brotaron las llamas y columnas de chispas como volcanes. Las telecámaras de grabación se movían buscando los mejores piemos mientras el humo producido por los artificios pirotécnicos envolvía el dolmen.

Sandra y Margot estaban boquiabiertas, casi sin pestañear. Su joven compañera de estudios, de juegos y diversiones, no parecía la misma. Sufría una especie de mutación salvaje y libertaria, sin batuta alguna que dirigiera sus movimientos. Ella no seguía a las cámaras, ni siquiera las veía; los objetivos de éstas la buscaban a ella.

Nadine sentía cosas desconocidas hasta entonces. Era como un poliorgasmo continuado. No controlaba sus piernas, sus brazos, su rostro que sufría de placer.

No podía pensar en aquella situación. Era toda entrega, no sabía si a la diosa Luna, al dolmen, a las hogueras que la rodeaban, y quienes las habían preparado lo habían hecho muy bien. En pantalla daría la impresión de que el fuego la estaba devorando. Las distancias perdían su proporción gracias a la técnica de los teleobjetivos. Era como una sinfonía de fuego y color, de chispas, de humo, del velo que se agitaba de un lado a otro sobre la gran piedra del dolmen.

Todos estaban como fascinados mirando a Nadine mientras la electrónica seguía produciendo sus efectos, tanto sónicos como lumínicos.

Aparecieron rayos sobre el dolmen en torno a la joven que danzó entre aquellos rayos cambiantes que semejaban enjaularla.

"Pensaba que sería magnífico, pero es más, mucho más", se decía Marcel Fournier intuyendo todo lo que quedaría grabado mientras en una batería de pantallas iban apareciendo las imágenes de la muchacha, unas en primeros planos dejando que los cabellos cubrieran su rostro, otras lejanas, como sumergida en mil fuegos, pero los efectos más alucinantes fueron aquellos rayos.

Cuando todo terminó, Nadine recibió los espontáneos aplausos de los técnicos. Marcel Fournier felicitó al ingeniero electrónico.

—Los efectos del láser te han salido estupendos.

—¿El láser? Si se ha estropeado y no ha podido funcionar…

—No digas tonterías, ha funcionado como nunca.

—Te repito que no ha funcionado.

—No digas tonterías, ya lo verás en la grabación.

—En la grabación no veré nada porque no ha salido. He estado todo el tiempo dentro del camión mirando las pantallas y no ha salido el láser.

Mientras Margot y Sandra iban a felicitar a su extenuada amiga, Marcel Fournier entró en el camión y pasó la grabación principal, quedando muy pensativo.

—Cierto, los efectos del láser no han salido y no entiendo nada, porque puedo jurar que los he visto con mis propios ojos.

—Te habrás alucinado. La chica lo ha hecho fenómeno. Si yo fuera el director de la productora, le haría un contrato por varios años.

—¿De dónde diablos habrán salido los rayos que yo he visto?

# Capítulo II

EL sol, camino de su ocaso, doraba una tarde fresca y agradable, una tarde de cielo sin nubes que prometía una noche estrellada.

Margot y Sandra aguardaban que Nadine terminara el partido con el atractivo Louis, su entrenador de tenis.

Todas les chicas parecían enamorarse del profesor de tenis, alto, fuerte, tostado por el sol, cabellos lacios castaño rojizos y ojos ale gres llenos de picardía, un hombre joven y muy ágil que parecía estar en todas partes para no perder pelota y que jamás transmitía la sensación de humillación a sus alumnas, pues esencialmente eran chicas y mujeres quienes acudían a sus clases.

Nadine hizo un buen juego y cuando terminó su hora de prácticas, hizo gestos de alegría porque era consciente de su buena suerte. Louis la besó en las mejillas, sonriente, y luego le palmeó las nalgas.

—¡Eh! —protestó ella riendo, y corrió para alejarse de las manos del profesor de tenis. Las tres amigas abandonaron el club que se hallaba a las afueras de la ciudad. El trayecto era corto e incluso había una línea de autobús que pasaba por delante del club y proseguía hasta una ciudad dormitorio que había nacido en torno a un pequeño pueblo condenado a morir años atrás y que luego había experimentado y sufrido un resurgir asfixiante, quedando rodeado de grandes edificios de apartamentos y más tarde de urbanizaciones de lujosos chalés.

Nadine conducía su pequeño coche de color rojo. Salió a la carretera y, al acelerar, Sandra, que miró hacia atrás, gritó:

—¡Cuidado!

Una furgoneta las alcanzó de costado. Nadine maniobró con rapidez saliéndose del arcén hacia la hierba. Por suerte para ellas, no había árboles, árboles que años atrás habían sido arrancados para evitar choques de automóviles.

Los frenos del furgón de color azul oscuro chirriaron. Se detuvo y puso marcha atrás para llegar a la altura de las muchachas que, asustadas, temblando, se apeaban en aquel momento.

Cuando quisieron darse cuenta, los dos hombres que habían bajado del furgón, vistiendo monos blancos, sacaron unos sprays con los que rociaron los sorprendidos rostros de las tres muchachas, las cuales en vano trataron de protegerse con las manos.

Las portezuelas del furgón se abrieron de par en par y saltó un tercer hombre que también fue hacia ellas. Cada uno de aquellos individuos cogió a una muchacha, llevándolas al interior del furgón.

—¡Déjenme, déjenme! —gritaba Nadine.

Uno de los tres sujetos, llevando las manos enguantadas, penetró en el "Volkswagen" y lo puso en marcha. Otro de los atacantes se puso al volante del furgón mientras el tercer individuo maniataba a las tres muchachas, aturdidas por el spray narcotizante.

Desde que se produjera la pequeña colisión hasta que los dos vehículos reanudaron la marcha, había transcurrido un tiempo tan corto que nadie parecía haberse dado cuenta de nada.

Escociéndole los ojos y con sensación de náuseas, Nadine fue la primera en despejarse. A la escasa luz del furgón, vio a uno de sus raptores vestido con el mono blanco y el rostro cubierto con una media que se lo desfiguraba paira impedir así ser reconocido.

—¿Qué han hecho? ¡Suéltenos, suéltenos!

—Mira, guapa, si gritas tendré que darte duro y a lo peor te estropeo esa cara tan linda que tienes y te pego hasta en el pecho. ¿Qué, quieres que te pegue aquí?

Puso su *manaza* sobre los jóvenes senos.

—¡No, no!

—Pues, te estarás calladita y tus amigas también.

—¿Qué van a hacer con nosotras? —preguntó apenas sin voz.

—Dar un paseo.

Nadine tragó saliva. ¿Qué significaría dar un paseo? ¿Las violarían? ¿Las secuestraban para pedir un rescate a sus padres? Sus familias *eran* de economía media, no disponían de millones para pagar un rescate elevado.

Sandra se puso a chillar de pronto, incorporándose, y aquel hombre de aspecto fornido le propinó tal puñetazo en la mandíbula que la tumbó de nuevo, dejándola inconsciente.

El secuestrador miró entonces a Margot y le preguntó:

—¿Tú también quieres dormir o te estarás calladita? La muchacha soltó unas lágrimas en silencio.

El viaje resultó interminable para las tres jóvenes. Al fin, el vehículo se detuvo en algún lugar ignorado después de haber reducido marcha y esperar a que abrieran alguna puerta que las chicas no podían ver desde su encierro.

Cuando abrieron el furgón comprobaron que se hallaban en una especie de pequeño almacén-garaje donde había otros coches. Nadine trató de ver las matrículas, especialmente la de un lujoso "Mercedes Benz", pero un violento empujón que la obligó a dirigirse hacia una puerta, se lo impidió.

Las separaron en tres habitaciones diferentes encerrándolas con llave y sin liberarlas de sus ligaduras.

Sólo había un tragaluz muy pequeño y demasiado alto para ver a través de él. Aquello era como una celda.

Cuando a Nadine ya le parecía una eternidad el tiempo que llevaba a solas, la puerta se abrió y apareció una mujer que le llevaba un palmo de altura y más de treinta kilos de peso. Tenía el cabello corto y áspero de color rubio oscuro. Su rostro era de mal genio y pasaría de los treinta años.

—Vas a ser buena y harás todo lo que te diga, de lo contrario recibirás una ración de esto.

—Le mostró una especie de fusta de cuero flexible.

—¿Qué quieren de mí?

—No puedes hacer preguntas, sólo obedecer. Camina, sé buena chica y todo te irá mejor. A una de tus amigas ha habido que darle una ración de palos y no te aconsejo que la imites.

La empujó por el pasillo. Nadine descubrió en él un rastro de sangre reciente.

—¿Qué le han hecho, qué le han hecho a mi amiga?

—Pórtate bien y no te sucederá lo mismo —le dijo, empujándola por el corredor.

La llevó a un amplio cuarto de baño. En el suelo estaban las ropas destrozadas de Margot y de Sandra, las reconoció con horror.

—¡Asesina! —le gritó.

Aquella mujer se hizo con unáis tijeras de puntas romas y anduvo hacia Nadine que retrocedió hasta la puerta del retrete, ya sin poder ir más atrás.

—Estate quieta, no te va a suceder nada. Tienes que asearte.

—Ya estoy duchada —se apresuró a decir.

—Mucho mejor —aprobó la carcelera.

Con las tijeras fue cortando sus ropas, falda, jersey, camisa, los tirantes del sujetador. Con dos cortes limpios le quitó las bragas, dejándola totalmente desnuda, sin haber tenido necesidad de quitarle las ligaduras.

—Ahora, al baño.

—¡Canalla!

—A la ducha, o te meto yo y lo vas a pasar peor.

Humillada, Nadine pasó al interior de la ducha. Mediante una botella de presión, la carcelera esparció por todo el cuerpo de la joven un detergente. La roció después con agua caliente y con un cepillo de mango largo comenzó a frotarla.

—Tienes un cuerpo muy bonito, eres la más hermosa de las tres.

—Sucia.

La carcelera se rió, ordenándole después:

—Date la vuelta.

No tuvo más remedio que obedecer y la carcelera siguió lavándola con el cepillo, el agua caliente y el jabón. Con una manejable ducha teléfono, le roció el cuerpo con agua caliente hasta dejarle la piel completamente limpia, sin restos de detergente.

—Ya puedes salir —le ordenó.

—Estaba limpia —protestó Nadine.

—Ahora lo estás más —se burló la carcelera cubriendo a la muchacha con una gran toalla.

—Ya me secaré yo.

—Imposible, tienes las manos atadas.

—Quíteme las ligaduras, no me escaparé, se lo prometo.

—No hay promesas que valgan, cumplo órdenes.

—¿Órdenes de quién?

—De quien me paga, tonta.

La fue secando con sus manazas, con una meticulosidad que no gustó a Nadine.

—¿Y mi ropa? —preguntó Nadine, viéndose desagradablemente desnuda.

—Hasta dentro de un rato no te va a hacer falta.

—Hace mucho frío, estamos en invierno.

—Aquí hay calefacción.

La hizo entrar en lo que parecía una pequeña clínica privada.

Otra mujer, igualmente alta, como si fuera hermana gemela de la que la había lavado humillantemente, la cogió por un brazo.

—¿Qué van a hacerme?

—Pórtate bien y no te pasará nada, te pondremos en la camilla.

—¿Para qué?

—El doctor va a hacerte un chequeo.

—¡Yo estoy bien, no me hace falta ningún chequeo! —gritó Nadine.

—No querrás que te suceda lo que a tus amigas, ¿verdad? —le preguntaron malignamente.

Fue llevada en volandas hasta la mesa de intervenciones. Allí le pasaron unas correas por los brazos. Le cortaron las ligaduras, pero ya no podía escapar. Nuevas correas le sujetaron las muñecas y después las piernas. Sus talones quedaron dentro de una especie de horquillas.

—¡Socorro! —chilló Nadine viéndose atrapada bajo los focos de una mesa de operaciones.

Apareció entonces un hombre vestido con bata y gorro verde, cubierto su rostro por la mascarilla antiséptica. Con voz grave le dijo:

—No querrás que te ponga esta aguja dentro de la boca para dormir tus cuerdas vocales y que dejes de gritar, ¿verdad?

Le mostró una jeringuilla armada con una larguísima aguja.

—¿Qué va a hacerme? —preguntó en tono de súplica.

—Si te portas bien, nada malo.

Una de aquellas enfermeras energúmenas colocó entre los dientes de Nadine un aparato metálico que separaba los maxilares dejando la boca abierta.

—Si sigues hablando o gritando, te pincho dentro de la boca. ¿Comprendido? —repitió el médico cuyo rostro no podía ver.

Sudando de miedo, Nadine asintió, y le pareció que el médico sonreía malignamente satisfecho.

Pincharon la vena de su brazo para extraerle cincuenta centímetros cúbicos de sangre, también pincharon uno de sus dedos.

—Te vamos a hacer un electrocardiograma. Tranquilízate, sólo quiero comprobar que tu corazón está sano —le dijo el médico.

Le colocaron los electrodos y Nadine soportó el chequeo.

—Ahora te haremos un electroencefalograma y seguro que saldrá algo agitado, como el corazón, estás asustada y se nota, pero se te pasará.

Llenaron su cabeza de electrodos tras colocarle pequeñas porciones de una pasta que favorecía la sensibilidad de los electrodos.

Nadine se tranquilizó algo, nada le hacía daño. Evidentemente, aquello era un chequeo muy a fondo pero rutinario. Lo malo fue cuando comenzaron a mover unas manivelas y sus piernas fueron separadas a la fuerza.

—Tranquila, mujer. Soy tocoginecólogo y el chequeo es completo.

Nadine, bien amarrada por las correas, tuvo que aguantar y cerró los ojos mientras el médico la examinaba a fondo.

—Increíble, es virgen, una magnífica hembra. Bien, bien, sacaremos unas muestras de mucosa para comprobar que está perfectamente sana.

Sintió los ligeros pellizcos en su interior y luego, aquella tortura cesó.

—Conviene que orines dentro de la botella.

—¡No!

—Si no lo haces, te haré orinar a la fuerza. A estas alturas, ¿qué vergüenza puedes tener? Vamos, sólo se trata de hacerte un análisis de orina.

Una de las enfermeras abrió un grifo y dejó correr el agua. Mientras la otra sujetaba el frasco en el lugar adecuado, Nadine cerró de nuevo sus ojos y deseó estar muerta.

—Buena chica —aprobó el médico. Le quitaron las correas.

Nadine ya estaba vencida, sin capacidad de rebeldía en aquellos momentos. Una de las enfermeras, tras sentarse, la volcó contra sus rodillas que alzó contra el estómago de la joven, obligándola a arquear su espinazo al máximo.

—¿Qué van a hacerme ahora?

—Tranquila, sólo queremos una muestra del líquido cefalorraquídeo por si has heredado una sífilis de tus padres.

—Mis padres están sanos —protestó ya sin fuerzas mientras notaba que los dedos del galeno tocaban sus vértebras buscando un hueco entre ellas.

Le clavó la larga aguja en busca del líquido cefalorraquídeo y Nadine, no pudiendo resistir más, se desmayó. Había llegado al límite de su resistencia física y psíquica, y lo mismo le daba desmayarse que pasar a la eternidad.

# Capítulo III

DESPERTÓ sin llegar a abrir los ojos. Todo se movía en torno suyo, no lo veía pero notaba el movimiento. Se sentía muy mal, incluso incapaz de coordinar sus ideas. En su cabeza bombardeaba un ruido constante y monótono: tac tac tac tac…

No supo cuánto tardó en abrir los ojos, pero cuando lo hizo, vio un cielo lleno de estrellas y una luna grande. Fue una visión fugaz, porque volvió a cerrar los ojos y de nuevo se sumergió en el pozo de los sueños con un profundo malestar.

Despertó cuando se notó alzada. Carecía de fuerzas en brazos y piernas. Pudo oír voces de hombres y uno de ellos, dijo:

—No hay cuidado, están sedadas.

Sin poder hacer nada, se vio transportada por el interior de un pequeño barco o yate. Fue introducida en un camarote y tendida en una litera. Le pasaron unáis correáis para mantenerla sujeta y que no se cayera.

—No me encuentro bien. ¿Dónde estoy?

Sintió mucho frío. Volvió a dormirse y tuvo muchas pesadillas inconexas. Cuando despertó, entraba luz por unas estrechas y alargadas ventanillas. El lugar donde se hallaba se balanceaba mucho. Tardó largos minutos en concienciarse de que tenía fuerzas y buscó con la mirada descubriendo a Sandra en otra litera al otro lado de un estrecho pasillo. Se inclinó y vio a Margot bajo ella y a otra chica en otra litera.

Salió de la litera medio cayéndose hasta que quedó en el angosto pasillo. Las rodillas le flaqueaban y toda ella se sentía mareada.

—¡Sandra, Sandra! —interpeló.

Su amiga no parecía querer abrir los ojos. Estaba muy pálida pero viva.

—¡Sandra! —insistió varias veces.

—Me siento mal —gimió la joven— me siento muy mal.

Se volvió hacia Margot. Ésta abrió los ojos y la miró con mucha fijeza. Nadine observó que tenía un ojo tumefacto y la mandíbula hinchada.

—¿Qué te han hecho?

—Me han golpeado, me han golpeado. —Y comenzó a sollozar.

—Dios mío… —se lamentó Nadine—. ¿Qué nos está pasando?

En aquel camarote con cuatro literas había dos puertas, una frente a otra. Nadine abrió una de ellas y descubrió un aseo pequeño pero completo. Vaciló, sintiéndose terriblemente mareada, con muchas arcadas. Se acercó al retrete y comenzó a vomitar, pero nada había en su estómago más que bilis. Tosió y se le saltaron las lágrimas mientras un terrible dolor de cabeza parecía querer aplastarle el cerebro.

Se sintió apartada con brusquedad. Se hizo a un lado y Sandra apareció para emularla, víctima también de angustiosas aireadas.

Margot lloraba calladamente, no parecía tener deseos de levantarse sino de permanecer tendida en la litera, como escondida.

La cuarta chica que ahora tenía los ojos abiertos, mirando el techo del camarote, dijo como una sentencia:

—Nos van a descuartizar.

—¡Cállate! —le exigió Nadine. Sandra comenzó a chillar:

—¡No quiero morir, no quiero morir!

Nadine, terriblemente mareada y vencida por el dolor de cabeza, fue hacia la otra puerta, pero ésta no se abrió por más que lo intentó. Acabó golpeándola con sus puños.

—¡Abran, queremos salir de aquí, abran!

La puerta se abrió y Nadine fue empujada hacia atrás.

En el umbral apareció un rostro y una figura de mujer que ya conocía y odiaba.

Alta, con el pelo corto y áspero de color rubio oscuro, cara grande y maciza, con aquella terrible altura y fortaleza, la mujer llevaba una fusta de cuero en la diestra mientras en la izquierda llevaba una bolsa de plástico.

Con la fusta golpeó la parte externa de los brazos de Nadine que trató de protegerse echándose hacia atrás.

—Os quiero calladitas y buenas niñas —silabeó—. Me llamo Bertha y no quiero problemas. Si no habéis tenido disciplina en vuestras escuelas ni con vuestras familias, ahora la vais a tener conmigo y aprenderéis tan rápido que, por decir algo, ya la habéis aprendido. No me importa dejaros moradas o con los ojos hinchados. ¿Verdad, Margot?

La joven que yacía en la litera no replicó, tratando de que no se le notara el sollozo de miedo.

—Voy a cuidar de vosotras durante un tiempo y será mejor que no me irritéis, tengo bastante mal carácter, ya lo habréis notado.

—¿Qué quieren de nosotras, qué va a hacernos? —se atrevió a preguntar Nadine fuera del alcance de la fusta o, por lo menos, así lo suponía ella.

—Aquí no hay respuestas. Os dejo estas bolsas de comida. Cuando queráis beber agua, la encontraréis en el aseo. Comed cuanto os dé la gana. Si alguna de vosotras se pone tan mal que parezca que va a morir,

la echaremos al mar y afuera hay unas oléis muy grandes y el agua está muy fría, es invierno. La que caiga al agua morirá helada, de modo que os conviene ser sensatas. Aquí tenéis calefacción, agua y no os faltará comida. Ah, tengo orden de poneros grilletes con cadenas en manos y pies. —Las miró y sonrió satisfecha al verlas atemorizadas—. He dicho que por ahora no va a hacer falta, harían demasiado ruido las cadenitas, pero si me obligáis, os las pondré. No quiero nada sucio en este camarote ni en el aseo. Si descubro suciedad, cogeré a cualquiera de vosotras por el pescuezo y lo que esté sucio, aunque sea mierda, se lo haré limpiar con la lengua.

¿Entendidos?

Totalmente segura de tenerlas amedrentadas, Bertha dejó la bolsa que a su vez contenía cuatro bolsas con comida y salió del camarote dejándolas encerradas con llave.

Margot, la más perjudicada por las palizas, hizo más sonoros sus sollozos. La muchacha que aún no se había dado a conocer volvió a decir:

—Nos han raptado para torturarnos y hacernos luego pedazos.

—¡Cállate, cállate! —le gritó Nadine.

—¿Qué será de nosotras? —musitó Sandra, acurrucándose dentro de la litera.

—No lo sé, no lo sé —replicó Nadine que era quien parecía más segura de sí—. Estamos en alta mar, nos llevan a alguna parte, quizás pidan rescate por nosotras.

—¿Rescate? ¿Y por qué nos hicieron aquel chequeo en la maldita clínica?

—Querrían comprobar que estábamos sanas —aventuró Nadine.

—Si me venden como esclava en oriente, me suicidaré —dijo inflexible la muchacha desconocida.

—Yo quiero escaparme —siguió sollozando Margot.

—No desesperemos —pidió Nadine—, aún no sabemos para qué nos han raptado.

—Cuando lo sepamos, será tarde —sentenció la joven desconocida.

—¿Dónde te han raptado a ti? —le preguntó Nadine.

—A la salida del gimnasio.

—¿Cómo te llamas?

—Brigitte. Soy de familia media, mi padre gana un buen sueldo y mi madre trabaja en televisión, pero por mi rescate nadie podría pagar millones, así es que no es ese el motivo de que me hayan raptado. —Se volvió hacia Nadine para preguntarle—: ¿Cuánto crees que podría pagar uno de esos árabes ricos por una de nosotras?

—No lo sé, pero tampoco creo que nos destinen a ese tráfico de blancas —replicó Nadine.

—¿Por qué no? Las cuatro somos muy jóvenes, de una edad similar, diecisiete o dieciocho años, todas blancas y seguro que perfectamente sanas. ¿Alguna de vosotras toma drogas? Nadine, Margot y Sandra negaron con la cabeza.

—Yo tampoco, no bebo ni fumo, soy una chica perfectamente sana y supongo que vosotras lo mismo.

Las tres amigas asintieron.

—¿Lo veis? Quieren chicas sanas, blancas, jóvenes y sin problemas. ¿Para qué?

—Será mejor que nos tranquilicemos —pidió Nadine—. No nos dejemos vencer todavía, quizás se presente alguna oportunidad.

—No podremos escapar nunca —dijo Margot entre hipos—. Son muchos y nosotras, ¿qué poder tenemos?

—Las cuatro estamos sanas y podemos correr si llega el caso. Cuando se me presente una ocasión, yo echaré a correr.

No calmaron su inquietud, pero sí su histeria inicial. Nada pasaba y aquel yate o gran lancha de pesca de altura (ignoraban qué tipo de embarcación era, pues no podían salir del camarote) parecía sólida y navegaba bien pese a los grandes oleajes con los que se encontraron, especialmente una de las noches de tormenta en que las muchachas tuvieron que agarrarse con correas a sus respectivas literas. Fue un tormento que hubieron de soportar durante horas y horas. El océano parecía querer engullirlas.

El agua batía las estrechas y largas ventanas fijas, pero resistieron. Nadie acudió a calmarlas.

Ninguna de ellas recordaba haber pasado días tan malos como aquellos en que eran conducidas a un destino ignorado pero que adivinaban no sería nada bueno.

Cesó la tormenta y aunque el cielo no se limpió, al cabo de horas y horas las aguas se calmaron.

Las cuatro muchachas se sentían destrozadas, mas poco a poco se iban acostumbrando a su nueva vida en aquel reducto tan pequeño que era el camarote con aseo que les impedía ver el exterior, porque las ventanillas no se abrían y el sistema de respiración les venía por una aireación en el techo.

—Parece que estamos llegando a alguna parte —dijo Nadine pegándose a la ventanilla—.

Tierra, hay tierra…

El yate dio dos zumbidos largos y uno muy corto.

Al fin, la embarcación atracó y quedó bien amarrada. Al parecer no había prisa alguna por desembarcar a las muchachas. Pasaron las horas, llegó la noche y se abrió la puerta del camarote que les había servido de celda durante la travesía.

—Vamos, afuera, se terminó el viaje —dijo la gigantesca y dura Bertha mostrándoles la fusta que solía llevar en su mano de forma amenazante.

"Somos cuatro contra una pese a que Bertha es muy fuerte", pensó Nadine; más al ver a sus compañeras atemorizadas, hundidas física y moralmente, pensó que no era aquél el momento de atacar aunque fuera a la desesperada para librarse de aquella mujer que se les imponía para humillarlas y golpearlas como si fueran esclavas conducidas al mercado donde serían subastadas.

Notaron un frío intenso. Ráfagas de viento helado y cargado de humedad marina las azotó. Iban poco abrigadas y a la salida les fueron proporcionando unos abrigos que les llegaban hasta los pies y en el caso de Sandra, lo arras traba. Eran gruesos, de piel artificial y brillante color naranja, podían verse desde mucha distancia.

Dentro del pequeño muelle había atracadas dos embarcaciones, el yate en el que arribaran y otra que parecía un viejo pesquero del tipo que podía llamarse grande, de unos cuarenta metros de eslora y una proa que se alzaba imponente para surcar las aguas oceánicas.

El lugar era hostil y no se veía el sol. Todo el cielo era un denso manto gris y unas pocas gaviotas volaban emitiendo chillidos.

Vieron dos hombres vestidos con gruesos jerseys y gorros de lana. Eran altos y parecían marineros. Sus ojos se clavaron en las muchachas cubiertas por los largos abrigos color naranja.

Frente al muelle había una edificación pétrea que podía tener siglos de existencia. Había un pequeño llano liso, sin árbol alguno, como si en aquella tierra no pudieran nacer los árboles. Después, había una colina y sobre ella un castillo o fortaleza.

—¿Dónde estamos? —se atrevió a preguntar Nadine.

Bertha la sorprendió respondiendo mientras caminaba junto a ellas.

—Esto es una isla, una pequeña isla. El único lugar seguro aquí es el muelle y luego, la fortaleza.

—¿Qué peligros hay? —volvió a preguntar Nadine sin dejar de caminar.

—Perros cimarrones, perros grandes y salvajes sin dueño. Atacan a cualquiera que vean solo fuera de la fortaleza o el puerto.

No tardaron en descubrir unas barreras metálicas que aislaban el puerto del resto de la isla.

Un vehículo "todo terreno" las aguardaba con las portezuelas abiertas. Penetraron en él y éste se puso en marcha saliendo del área protegida del puerto.

El viento cada vez era más fuerte, más frío.

El camino hasta la fortaleza no era largo, quizás un kilómetro, pero con una pendiente tan acusada que obligaba a que el camino ascendiera

en zig-zag para que no resultara excesiva incluso para un vehículo "todo terreno".

Apareció una jauría de perros cimarrones ladrando furiosos. Eran perros grandes, mezclados de diferentes razas y cruzados entre ellos. Había dobermans puros y dobermans bastardos con pelo largo, perros de trineo canadienses, huskies medianos y pastores alsacianos. Los perros ladraban al vehículo, como queriendo atacar a quienes viajaban en su interior.

Las jóvenes miraron asustadas los ojos enrojecidos de los perros salvajes. Vieron sus colmillos amenazantes mientras el vehículo, con su runruneo monótono pero seguro, ascendía hacia la fortaleza.

—A nadie se le ocurra ir caminando por la isla sin protección ni intentéis salir de la fortaleza. Estos perros os destrozarían en pocos segundos, de vosotras no quedarían ni los huesos.

El conductor, que había permanecido en silencio hasta entonces, comentó sin perder de vista el empinado camino;

—Hace poco, un marinero se emborrachó y salió del área de protección. Sólo se encontraron sus botas y jirones del jersey, no se encontró ni la calavera. Algunos de estos animales entierran los huesos grandes para desenterrarlos más adelante y seguir royéndolos.

Los ojos de las muchachas reflejaron el miedo hacia aquellos perros cimarrones que evitaban que hubiera intrusos en la isla.

Entraron en la pétrea fortaleza por un túnel que normalmente estaba cerrado por una pesada puerta de maderos y herrajes.

El muro tendría unos cinco metros en su punto más alto sin contar los torreones. Formaba un perímetro ancho que encerraba gran parte de la colina, el único montículo de la isla. Dentro de la fortaleza, el nivel del suelo quedaba apenas a un metro.

Había jardines y árboles, árboles que no eran autóctonos sino traídos de los cuatro puntos cardinales y aclimatados a aquel ambiente frío e inhóspito, azotado por los vientos oceánicos.

Eran árboles a los que no faltaba el alimento pero sí la tierra y no crecían bellos ni frondosos.

En el centro, en el punto más alto de aquel montículo cerrado por el muro, habla una construcción de piedra que casi parecía un castillo.

Había sido reformada sin perder su estilo original y sobre el tejado destacaban diversas antenas, una de ellas parabólica. Cabía suponer que se hallaban bien comunicados por radio y televisión.

El vehículo las condujo hasta la puerta principal por un camino ahora llano.

—Hemos llegado, abajo —ordenó Bertha golpeándose la mano con la fusta. Entraron en aquel recinto del que no parecía fácil poder salir.

Aquella construcción tenía un patio interior al abrigo de los vientos.

En el centro había un pozo y parecía impensable que hubiera un pozo de agua dulce en aquella isla perdida en el centro del océano o al menos, así se lo parecía a Nadine, pues ignoraba bajo qué rumbo habían navegado todo el tiempo. Podían haber surcado las aguas sin separarse del continente, sin alejarse de las islas al noroeste de Escocia, pero también podían haberse dirigido hacia el Oeste.

Como Bertha había dicho, era inútil preguntar porque no encontrarían respuestas.

Una pareja de dobermans aguardaba al pie de una escalinata y parecían conocer muy bien a Bertha porque se acercaron a ella. Ésta les habló en alemán. La pareja de animales marrón-negro volvieron sus miradas hacia las muchachas, unos ojos nada amistosos.

Brigitte trató de acercárseles como para comprobar qué grado de confianza podía llegar a conseguir con ellos, pero los canes le gruñeron amenazadores.

—Cuidado, niña, no te quieras mostrar cariñosa con ellos. Están muy bien adiestrados y te arrancarán la mano de una dentellada. Cuando los veáis cerca, comportaros con naturalidad, como si no estuvieran. Los amigos que pudieran tener ya los tienen y no hay más amigos para este par de vigilantes. Entended que a una orden mía o de otros vigilantes, obedecen inmediatamente. Sería una pena ver cómo despedazan un cuerpo joven y hermoso como los vuestros.

—Todo son amenazas. ¿Por qué, por qué? — explotó Nadine sin poder contenerse más.

—Para que os convenzáis de que no os queda otro remedio que ser buenas chicas y muy obedientes. Andando.

Subieron por una escalinata de piedra muy ancha que las condujo a las galerías con arca— das que daban al patio interior donde estaba el pozo. Cruzaron una segunda puerta y subieron otra escalera, de gruesa madera y más empinada, que las condujo a otro piso más alto donde había un corredor más angosto que no daba al patio.

A la izquierda se abrían diversas puertas de madera, tantas veces barnizadas que parecían negras, como si las hubieran pintado con pintura negra en lugar de barniz.

Bertha sabía muy bien a cuál de aquellas muchachas correspondía cada una de las celdas. Nadine se vio empujada hacia el interior de una de ellas y quedó frente a una ventana muy estrecha y alta, con un grueso barrote de hierro puesto en vertical, de modo que un ser humano no podía pasar entre el barrote y cualquiera de los dos lados de la ventana. Una sencilla cama, un lavamanos con su grifo de metal y un retrete completaban el cuarto.

Se cerró la puerta tras de sí y comprendió que había quedado encerrada en lo que, sin duda alguna, era una celda.

Corrió hacia la puerta para intentar salir, pero la puerta ya estaba cerrada por fuera. La golpeó con sus puños gritando:

—¡Abrid, abrid, quiero salir de aquí!

Sus gritos y golpes fueron inútiles, la puerta no se abrió.

Se dirigió entonces hacia la estrecha y alta ventana y miró hacia el exterior.

Ante sus ojos estaban las aguas oscuras, casi negras, del océano. Desde aquel punto tan elevado, podía ver parte del contorno de la isla, rocas y pequeñas lenguas rocosas que se internaban en el océano como garras oscuras.

Las olas batían con furia contra los peñascos más adelantados en el mar y luego, aquellas aguas bravas formaban remansos interiores. Desde allí no se podía ver el puerto, pero sí parte del muro de la fortaleza y los jardines que había alrededor del castillo.

Vio volar a las gaviotas que chillaban.

El viento helado golpeó su rostro y el frío penetró en sus huesos haciéndole castañetear los dientes. Tenía frío, mucho frío.

Se tumbó en la cama y se encogió sobre sí misma.

# Capítulo IV

DESPERTÓ porque un frío terrible helaba su cuerpo. Toda ella temblaba y parecía incapaz de moverse.

Aquel frío le causaba dolor, un dolor insoportable que no sabía en qué parte ubicar dentro de su cuerpo. Sus dientes castañeteaban.

La luz eléctrica estaba apagada, pero por la estrecha y alta ventana entraba un chorro de luz lunar que iluminaba la celda. Nadine comprendió, porque su mente aún podía razonar, que por aquella ventana que ella misma dejara abierta entraba el helor que la estaba matando. Estaba inmersa en el crudo invierno de una isla inhóspita azotada por vientos helados, posiblemente nacidos en los glaciares del Ártico.

Tenía que cerrar aquella ventana o al día siguiente la encontrarían helada.

"Sería mejor morir", se dijo. "No, no, Nadine...", volvió a decirse mentalmente porque su boca hubiera sido incapaz de articular palabra debido al castañeteo a que la obligaba el frío.

"Tienes que vivir, tienes que vivir y escapar de aquí..."

Quiso enderezar su cuerpo torturado por el frío, pero en principio no consiguió estirar sus piernas ni su espinazo. Sí se movió hasta sacar las piernas fuera de la cama. Movió los brezos buscando puntos de apoyo hasta sujetarse a la mesilla de noche y luego a la pared. Logró llegar hasta la ventana, sólo tenía que empujarla y cerrarla para impedir que el viento cortante y gélido siguiera penetrando por ella, convirtiendo la celda en un frigorífico.

El chorro de luz limar entraba por la angosta ventana, un chorro partido por el barrote vertical que impedía a Nadine no sólo escapar sino también suicidarse.

Temblando visiblemente, logró cerrar la ventana, aunque no podía calentar la celda ya hela da y menos con su cuerpo. Se volvió y lo descubrió frente a la puerta dentro de la celda. Ahogó un grito de espanto.

Aterrorizada, la muchacha quedó bajo la ventana, con la espalda apoyada contra la pared pétrea. Jamás había visto nada semejante.

Lo tenía frente a sus ojos y no era una alucinación, estaba segura de ello. Era un hombre, aunque difícilmente podía definirse como tal, un

ser más bien alto y como fosforescente, sin piel.

Todo él eran distintos circuitos blancos, rojos y amarillos que se entrecruzaban. No parecía tener boca y sus memos estaban poco perfiladas, inconcretas. Sus ojos eran dos puntos negros que se movían buscando algo.

Nadine pocas veces había oído hablar de espectros y si no se hallaba inmersa en una pesadilla fruto de un sueño torturante, aquel ser era un espectro.

—¿Quién eres, qué quieres de mi? —preguntó suplicante, sin entenderse lo que decía debido al temblor del frío que —la torturaba y el miedo que sentía.

—No importa mi nombre —silabeó una voz muy lenta, rota, como si brotara de entre milenarias piedras. Aquella voz no semejaba salir del espectro que permanecía inmóvil en el lugar donde apareciera.

—¡Vete!

—No, tú me llamaste, yo acudí y te he seguido hasta aquí.

—¡Yo no te llamé, vete, vete!

Temerosa de que el espectro avanzase hacia ella, Nadine no sabía qué hacer. No estaba ni siquiera segura de que su voz saliera por entre sus labios temblorosos.

—Tú me llamaste en el dolmen y yo acudí, te seguí y estaré siempre cerca de ti, esperando.

—¿Esperando qué?

—Lo que sólo tú me vas a dar.

—¿Yo, y qué te tengo que dar yo?

El espectro, en principio muy fosforescente, fue palideciendo al tiempo que el chorro de luz lunar se alejaba de la alta y estrecha ven teína.

De esta manera, poco a poco, el espectro se esfumó sin dejar rastro y la luz de la luna tampoco entró ya por la ventana.

Se hizo el silencio, la agobiante oscuridad.

Aterrorizada y aterida de frío, la joven alcanzó la cama. Se tumbó en ella y se encogió sobre sí misma temblando.

Su mente se fue oscureciendo como la negrura que ocupaba la celda en que se hallaba encerrada tras recibir la visita del terrorífico ser que decía esperar silgo de ella, y Nadine no sabía qué podía darle ella.

# Capítulo V

NOTÓ que le tocaban la frente y luego la muñeca de la mano izquierda buscándole el pulso.

Acababa de despertar pero no abrió los ojos. Ya no sentía frío. Tenía la sensación de hallarse bien arropada y de que el ambiente estaba caldeado.

—Parece que está bastante mejor —opinó una voz de hombre que creyó reconocer. Nadine continuó con los ojos cerrados.

La voz inconfundible de Bertha observó:

—Es joven y fuerte.

—Que esto no vuelva a ocurrir o tendrá que lamentarlo —amenazó el doctor cuyo nombre desconocía.

—Fue una torpeza de la chica que dejó la ventana abierta y se puso a dormir sin abrigarse. No quiso darse cuenta de que estamos en invierno y se quedó helada.

—Cogió un principio de pulmonía que se ha podido atajar, pero que pudo costarle cara, ahora la tenemos más débil. Métase en la cabeza que esta chica, lo mismo que las otras, son muy valiosas. Su selección ha sido difícil y arriesgada. No podemos perder a ninguna de estas chicas estúpidamente con lo que cuesta traerlas hasta aquí y disponer de ellas. Además, para ésta tengo reservado algo especial.

—Si me lo hubiera advertido —dijo la carcelera, a modo de excusa —, la hubiera tratado de forma especial.

—No quiero que les suceda absolutamente nada. Usted debe imponerse a ellas con más astucia que fuerza. En esta fortaleza, en medio de una isla solitaria en el océano, no pueden escapar, basta con asustarlas un poco para que obedezcan. No quiero correr más riesgos o tendrá que responderme de lo que suceda. Usted y Florence pueden manejarlas sin problemas y si no es así, habrá que tomar otras medidas.

—Descuide, no volverá a ocurrir nada desagradable.

—Que todas las celdas estén caldeadas —ordenó tajante— y deben seguir la dieta adecuada. Cuando utilice la fusta, si es que resulta imprescindible, hágalo en los lugares de sus cuerpos donde no pueda estropear este negocio. ¿Comprendido?

—Sí, doctor Howard.

A Nadine, que había oído aquel diálogo simulando que seguía

dormida, le pareció bien enterarse de todas aquellas observaciones que el tal doctor Howard hacía a la brutal celadora, pero quedaban todavía muchas y más principales incógnitas que hubiera deseado descifrar.

¿Para qué las querían? ¿Para qué las preparaban? ¿Qué se proponían hacer con ellas?

¿Qué de especial le tenían reservado a ella en concreto? Demasiadas incógnitas.

El doctor Howard, acompañado de Bertha, salió de la celda caldeada por una entrada de aire caliente.

Descendieron un piso y avanzaron por un largo pasillo. Pasaron a un distribuidor del laberíntico castillo y luego, a otro corredor donde había puertas que correspondían a habitaciones más acondicionadas que las que se hallaban en el piso alto, ya por debajo de las almenas del castillo.

El doctor Howard, con gesto enérgico, abrió una puerta. Dentro de la habitación estaba Florence, la otra celadora, alta y fuerte como Bertha, aunque entre simbas parecía existir una soterrada rivalidad pese a las sonrisas con que se obsequiaban mutuamente.

En una de las dos sillas que había en la habitación estaba sentada una muchacha de ojos muy grandes y oscuros con los que miró al médico muy preocupada.

Sus cabellos eran negros y su abultado vientre delataba un avanzado estado de gestación.

—A ver cómo se encuentra esta joven —dijo el médico forzando una cordialidad casi paternal.

—Patricia se encuentra muy bien, doctor —dijo Florence con voz falsamente amistosa—. Quiere mucho al hijo que ha de nacer porque sabe que lo va a cuidar y nosotros la ayudaremos.

—Doctor, ¿quién es el padre de mi hijo? —preguntó la muchacha, casi balbuceando las palabras.

—¿Qué importa eso? Será tu hijo —replicó el doctor Howard, un hombre de más de cincuenta años, cabellos lacios plateados, frente despejada y ojos muy fríos.

Patricia insistió:

—Quiero saber quién es el padre.

—Pues, un chico muy alto, muy guapo, muy fuerte y muy inteligente, verás que bebé más hermoso tienes. Cuando lo lleves al jardín de infancia, serás la envidia de las otras mamáis.

—A mis padres no les va a gustar que yo no sepa de quién es. ¿Cuándo podré contarles algo de lo que me ha pasado?

—Pronto, muy pronto —la tranquilizó el doctor Howard.

Sacó del bolsillo de su bata una especie de medallón de plata en el que estaba esmaltado un ojo de iris verde y pupila roja, aquel medallón colgaba de una cadena igualmente de plata. De súbito, el punto rojo de

la pupila adquirió luminosidad. Era un diodo encendido gracias a una micropila de las utilizadas para relojes eléctricos de pulsera y colocada al dorso del medallón.

Florence sabía lo que tenía que hacer y cubrió la ventana con una espesa cortina, lo que hizo que la pupila roja y luminosa del ojo esmaltado brillara más. El médico comenzó a darle un movimiento de péndulo delante de los ojos de Patricia.

—Ahora tienes ganas de dormir, muchas ganas de dormir. El sueño te invade y cuando yo diga "cero", estarás profundamente dormida. Diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno… cero.

La joven cerró sus ojos y quedó con la cabeza inclinada hacia adelante. El doctor Howard dejó de mover el medallón que tenía el singular ojo luminoso.

—Cuando yo chasquee los dedos, despertarás, pero seguirás bajo hipnosis. Obedecerás a todo lo que se te pida y no sentirás dolor alguno aunque tu carne sea cortada, y así permanecerás hasta que yo te llame "Patricia" tres veces seguidas. Entonces despertarás y no te acordarás de nada de lo que haya sucedido. Ahora voy a chasquear los dedos, abrirás los ojos y harás todo lo que yo te diga, absolutamente todo, y no sentirás dolor alguno.

Chasqueó los dedos y la joven encinta abrió sus grandes ojos oscuros, unos ojos que no parecían tener expresión de inteligencia en aquellos momentos.

—Vamos, Patricia, levántate y sígueme. Florence te pondrá el abrigo, nos están esperando.

La cubrieron con el peludo abrigo color naranja, pues sólo llevaba puesta una camisa de dormir, unos gruesos calcetines y zapatillas de invierno.

Seguro de la hipnosis practicada, el doctor Howard echó a andar seguido de la joven embarazada. Cerraban la pequeña comitiva las dos hercúleas enfermeras y celadoras.

Descendieron a la planta del castillo. Cruzaron una ancha puerta de bronce y siguieron descendiendo a lo que debían ser los sótanos.

Avanzaron por un amplio corredor, cruzaron una puerta y se hallaron en una amplia estancia llena de luz, con paredes embaldosadas y el ambiente caldeado. Todo allí era perfectamente aséptico.

Había vitrinas con material quirúrgico, armarios conteniendo fármacos y diversos aparatos de medicina.

Allí aguardaban cinco hombres vestidos con batas verdes y gorras igualmente verdes que ocultaban sus cabellos. Dos de aquellos hombres eran de una edad similar a la de Howard, los otros tres eran jóvenes con cara de ser muy inteligentes.

—Aquí está la muchacha embarazada —presentó Howard.

Miró a Florence y a ésta le bastó aquella mirada para saber que tenía que despojar a Patricia del abrigo naranja. El vientre abultado se notaba pese al amplio camisón.

—Hasta ahora todo han sido experimentos, primero con chimpancés y orangutanes, luego vinieron las pruebas con humanos inferiores de las que es mejor no hablar. Han sido años de pruebas e inversión de mucho dinero, pero al fin ha llegado el momento de llevar a la práctica toda la experiencia científica y quirúrgica que ya poseemos.

—El paciente está a punto en el quirófano —dijo el doctor Manker, uno de los dos hombres mayores y un experto neurocirujano.

—Sí —admitió el doctor Howard—. Mejor mantener el anonimato, tanto del receptor como del donante. Será nuestra mejor publicidad cuando el paciente vuelva a la vida pública, a sus negocios. Sus neuronas cerebrales están enfermas y envejecidas. No le vamos a cambiar todo el cerebro, por supuesto, pero sí la parte suficiente para que curen de su enfermedad neurodegenerativa. Parecerá increíble, pero ya tenemos una larga lista de espera de hombres importantísimos del mundo de los negocios y la política internacional que no se resignan a que una enfermedad cerebral los destruya y que están dispuestos a pagar por su recuperación. El precio, naturalmente, es alto, años de investigación, medios de transporte, sin descontar los riesgos y las bocas que hay que silenciar en todo el proceso. Para nosotros, éste es un día grande. Nuestros pacientes no harán preguntas y nosotros podremos llevar a cabo nuestra labor y seguir mejorando en ella. La ciencia no tiene límites.

—La operación será un éxito —auguró convencido el doctor Manker.

—Seguro, y por ello vamos a brindar anticipadamente con champagne.

—¿Antes de la operación? —se asombró el joven doctor Cassidy.

—Sí, porque el éxito es seguro —afirmó el doctor Howard con una actitud casi mesiánica. Al joven doctor Cassidy se le ocurrió hacer otra pregunta:

—¿Y la chica está de acuerdo?

El doctor Howard torció el gesto mientras Florence preparaba unas copas y una botella de champagne que sacó de un frigorífico que allí había.

—Las chicas que tengo aquí, listas para la donación, no son problema en cuanto a su opinión; sí han sido problema respecto a la selección. Antes, cualquier donante y cualquier receptor servían para la experimentación. Poseemos un banco de semen de lo más exclusivo y seleccionado en diferentes ciudades europeas. Los donantes son todos jóvenes y completamente sanos. Se han tenido en cuenta sus grupos y subgrupos sanguíneos y un montón de factores físicos, morfológicos y

biológicos y con las chicas seleccionadas, lo mismo. Todas son sanas y de pura raza blanca. Tenemos ficháis completísimas de cada una de ellas y sabemos que sus hijos no heredarán ningún tipo de enfermedades. No podemos trasplantar células cerebrales tan nobles con el peligro de que esas células puedan malignizarse más adelante o trasmitir enfermedades al receptor. El joven doctor Cassidy, ante la mirada molesta de los médicos que formaban el equipo, volvió a preguntar:

—¿Tan imprescindible es que sean de pura raza blanca?

—Sí —respondió tajante el doctor Howard—. La similitud entre donante y receptor ha de ser el cien por cien en todos los factores físicos, morfológicos, biológicos y bioquímicos.

¿Alguna pregunta más, joven?

—Haría más, pero…

Florence descorchó la botella de champagne y sirvió las copas vertiendo poca cantidad en cada una de ellas, puesto que iban a iniciar una complicadísima intervención quirúrgica de trasplante de células cerebrales.

Brindaron por lo que ya consideraban éxito seguro y fueron pasando al quirófano. Las dos celadoras-enfermeras llevaron a Patricia al mismo. El doctor Howard detuvo levemente al doctor Manker para decirle:

—Ese joven Cassidy no me gusta. A la ciencia médica no se le pueden poner trabas de conciencia.

—Es todavía muy joven, se plegará a lo que importa. Por otra parte, ha sido seleccionado porque es el mejor. Sus manos son las más seguras y eficientes manejando el bisturí.

—Si le veo vacilar, será cuestión de prescindir de él. No admito puntos débiles en mi equipo de trabajo y ya sabe lo que quiero decir cuando hablo de prescindir de alguien.

Había dos mesas de operaciones con los focos encendidos. Un hombre yacía con la cabeza rapada, listo para sufrir una craneotomía y extracción de neuronas muertas o enfermas, dejando un hueco en su cerebro que habría de rellenarse con nuevas células cerebrales.

—Cierra los ojos, Patricia —le ordenó el doctor Howard.

La muchacha hipnotizada obedeció. Su vientre esterilizado quedó a merced del bisturí que cortó la piel y tejidos subyacentes en vertical y con gran seguridad.

La pared del útero quedó visible y el cirujano practicó una abertura por la que introdujo su mano tirando del feto de cinco meses suavemente hacia el exterior. La limpia y rápida cesárea no habría de causar trauma alguno en la criatura.

El feto vivo, sin serle cortado el cordón umbilical, fue colocado en una especie de bandeja junto a la cabeza del receptor mientras dos de los jóvenes médicos cuidaban de la frustrada madre a la que le era

extirpado el fruto de su vientre sin su consentimiento y con la evidente intención de destruirlo para arrancarle sus células cerebrales nacientes.

Asistido por todo su equipo, el diabólico doctor Howard, muy hábil con el bisturí, abrió la cabeza del feto que agitó sus miembros ya formados en actitud de dolor. El pequeño cerebro quedó al descubierto.

El neurocirujano que destruía una vida para prolongar otra que degeneraba, seleccionó las células cerebrales del feto y las extrajo con un aparato de su propia invención, quedando dentro del mismo. Colocó luego el aparato en el hueco abierto en el cerebro del receptor y depositó las nuevas neuronas distribuyéndolas adecuadamente para que se unieran a las otras. Era una labor difícil, Una labor de genio sin conciencia. Era como si el propio Satanás le guiara en aquella intervención de trasplante cerebral.

—Ahora hay que cubrir el cráneo con la placa de platino —dijo Howard.

El vientre de Patricia fue limpiado y luego cosido. Una camilla la transportaría de nuevo a su habitación ya con el vientre fláccido.

El feto había dejado de existir. Sus restos serían luego arrojados por Bertha por encima del muro de la fortaleza para que fueran devorados por los perros y no quedara rastro de ellos.

Aquella acción médica no había sido un aborto quirúrgico sino un asesinato, una práctica no demasiado extraña para algunos médicos que experimentaban de forma secreta y carecían de toda ética.

# Capítulo VI

SE abrió la puerta de la celda.

Nadine, sentada en la silla, escribía en un bloc con un bolígrafo. No sabía si alguien leería jamás lo que estaba escribiendo.

—Vamos, hace un buen día de sol. Darás un paseo por el patio —le dijo Bertha.

Nadine la miró desafiante. La celadora tenía la fusta en la mano, aquella fusta con la que solía golpear los brazos, espalda y piernas de sus prisioneras para hacerse obedecer rápidamente.

—¿Y si no quiero salir?

En el desagradable rostro de Bertha se plasmó la contrariedad. No parecía admitir réplicas, pero se rehízo pronto y forzó una sonrisa. Tenía la solución en su lengua.

—Hace un buen día de invierno, un día soleado y tus amigas Sandra, Margot y Brigitte están paseando. He pensado que te gustaría estar junto a ellas.

Estaba demasiado tiempo a solas, desde el día en que llegara a aquel maldito castillo levantado en la solitaria isla, posiblemente por algún imperio del medioevo.

—De acuerdo. Me siento más recuperada y un poco de sol me irá bien.

Nadine se puso en pie y se cubrió con el largo abrigo naranja, la única ropa que poseía aparte de los camisones.

Bertha se acercó a la mesa para ver lo que había escrito en el bloc. Trató de leerlo, mas no lo consiguió.

—¿Qué has escrito aquí?

—Averígualo —le desafió Nadine.

Bertha apretó la boca, molesta, pero no dijo nada más. Acompañó a la joven rubia hasta el patio interior del castillo en cuyo centro destacaba el pozo, como si fuera el eje de toda la fortaleza.

Efectivamente, sus amigas estaban en el patio.

Sandra y Margot corrieron hacia ella y se abrazaron casi llorando de alegría. Brigitte quedó algo rezagada.

—¿Cómo estás, Nadine, cómo estás? —inquirió Margot muy nerviosa.

—Mejor. Pasé tanto frío que parece que cogí una pulmonía.

—¿Una pulmonía? —repitió Sandra, asustada—. Podías haberte muerto.

—Sí, aquí hace mucho frío. ¿Sabéis algo? — preguntó Nadine.

—Sólo sabemos que llevamos dos meses aquí, sin que nadie venga a rescatarnos —dijo Brigitte, acercándose.

—¿Dos meses? —exclamó Nadine, sorprendida y asustada a un tiempo.

—Sí —ratificó Margot—. Se hace eterno permanecer aquí encerradas, prisioneras en este castillo y sin poder escapar. ¿Qué quieren de nosotras, tú lo has averiguado? —preguntó en voz baja.

—No he averiguado nada, pero sé que somos muy valiosas para el doctor que manda todo esto. No va a tolerar que nos suceda nada malo. Tendríamos que organizamos para darle un disgusto a esa Bertha.

—¿Y los perros?

Se volvieron hacia la gran escalinata donde estaban los dos grandes dobermans tendidos en el suelo, pero prestos a obedecer las órdenes de Bertha que estaba cerca de ellos, vigilante, dejándolas hablar a distancia.

—¿No habéis oído gritos? ¿Cuál de vosotras ha gritado por las noches? —preguntó Nadine.

—Nosotras no hemos sido —aclaró Margot. Sandra añadió:

—Hay más chicas como nosotras, aunque yo no las he visto nunca.

—Así que hay otras… —musitó Nadine mirando hacia lo alto, tratando de descubrir a otras muchachas en las ventanas.

—De aquí no podremos escapar. Estaremos siempre encerradas y cuando no nos quieran, nos arrojarán a los perros que están al otro lado del muro o al mar para que se nos coman los tiburones.

—Si supiéramos cuántos vigilantes hay —dijo Nadine. Brigitte puntualizó:

—Además están los perros.

—Los perros se pueden atacar de alguna manera, ellos no tienen la inteligencia de una persona.

—Será mejor que caminemos paira hablar —dijo Brigitte—. Bertha nos está vigilando. Sandra se colgó del brazo de Nadine a la que siempre había considerado más fuerte y segura de sí misma.

—Has estado muy enferma pero al fin estás bien. Tenemos que pensar en escapar de aquí.

—Eso es imposible —sentenció Margot—. Yo no saltaría ese muro estando los perros salvajes por toda la isla. Además, ¿cómo podríamos escapar luego, en qué barco? Los marineros que llegan aquí están de parte de ese doctor que lo manda todo.

—El doctor Howard —dijo Nadine.

—¿Le conoces? —inquirió Sandra.

—Le conozco poco, pero lo suficiente para saber que es un malvado que antepone la ciencia y sus prácticas y descubrimientos a la moral más elemental.

—Tengo mucho miedo —confesó Sandra. Miró hacia atrás para comprobar si Bertha se había movido de donde estaba, cerca de los perros que podían parecer pacíficos, pero que sólo aguardaban la orden de atacar para despedazar a su víctima—. Me han hecho algo muy malo.

Todas se interesaron por aquella confesión.

—¿Qué te han hecho? —preguntó Nadine sin dejar de caminar por el patio interior, un patio desde el que no podían ver el océano ni los contornos de la isla, sólo el cielo que, a intervalos, era cruzado por gaviotas chillonas.

—El doctor vino a verme a la celda y no sé qué me pasó pero perdí el sentido, fue como si me hubiera dormido. Cuando desperté, estaba en la cama.

—A mí me ocurrió lo mismo —dijo Margot.

—Y a mí —confesó Brigitte—, pero no le di importancia, debí sufrir un desmayo.

—Un desmayo en el que quedasteis a merced del doctor Howard y las malditas brujas celadoras —masculló Nadine.

Sandra no parecía haber terminado con sus explicaciones. Ella sufría de una manera distinta que Margot o Brigitte porque creía saber más.

—Nadine, ya te he contado otras veces que cuando me ocurren hechos de los que ni me doy cuenta, llega un día en que los sueño.

Brigitte objetó:

—Los sueños no son realidades.

—Los sueños, en cada caso, merecen una interpretación diferente —puntualizó Nadine defendiendo a Sandra a la que veía más indefensa pese a que las tres se hallaban en la misma situación de rapto.

—Yo, yo —comenzó a explicar, nerviosa— muchas veces sueño lo que me ha pasado y que ni siquiera sé que me ha ocurrido. Paso por delante de un escaparate y no me fijo en él porque estoy hablando con vosotras o con algún muchacho, pero una noche cualquiera sueño con ese escaparate y entonces veo todo lo que había en él y que me podía interesar.

—Pero, eso sólo es un sueño —insistió Brigitte.

—Déjala terminar —pidió Nadine.

—Cuando al día siguiente me acerco al escaparate y lo miro atentamente, compruebo que todo está como yo lo he soñado. No sé si me entendéis, pero soñé que el doctor Howard me hipnotizaba con un medallón que tenía un ojo luminoso. Yo, en el momento que ocurría, no me daba cuenta, pero mi mente lo grababa todo y luego me lo contó durmiendo. ¿Me entendéis?

—Sí, te entendemos —asintió Brigitte, ya interesada.

—Soñé que me llevaban a un quirófano, me tendían en una mesa, me levantaban el camisón y me ponían las piernas como para una inspección ginecológica de esas que odio tanto.

—¿Te hicieron algo? —preguntó Nadine.

—Sí, sí me hicieron. Ellos hablaban como si yo no pudiera oír nada porque estaba hipnotizada, pero luego, el sueño abrió las compuertas de mi subconsciente, porque eso lo consulté un día con un psicólogo y me contó que era así.

—No le des tantas vueltas y acaba —apremió Brigitte.

—Me hicieron una inseminación artificial. Habían seleccionado una dosis de un banco de semen que tienen y me la pusieron dentro para dejarme embarazada, y yo sin poder hacer nada porque estaba hipnotizada.

—¿Estás segura de que ese sueño puede ser cierto? —preguntó Nadine.

—Sí, seguro, seguro —se reafirmó Sandra muy nerviosa—. Además, ya he tenido la primera falta en la menstruación y soy un relojito según mi madre.

Brigitte se encaró con Sandra y casi furiosa la interpeló:

—¿Estás segura de lo que dices?

—¿Qué te pasa, Brigitte? —preguntó Nadine apartándola de Sandra.

—¡Yo también he tenido una falta! —Y comenzó a sollozar violentamente—. ¿Qué han hecho con nosotras, qué se proponen?

—Yo todavía no he notado nada raro —confesó Margot— pero puede deberse a diferencias en los períodos.

—¿Para qué querrán dejarnos encinta? —preguntó Brigitte mirando a sus amigas una a una, buscando respuestas en sus rostros—. ¿Para ven der los hijos que tengamos?

—Se podría hacer, pero no creo que les resultara tan beneficioso. Ellos hacen algo más para poder pagar todo lo que gastan. ¿No os habéis dado cuenta de que poseen esta isla con la fortaleza, que tienen yates grandes y hombres que trabajan para ellos sin hacer preguntas? En algún lugar de este castillo tienen un quirófano.

—No sigas, Nadine, por favor, no sigas. ¿Para qué nos embarazan, somos cobayas? ¡No, no quiero, no quiero! —gritó Brigitte perdiendo la compostura, exaltándose hasta perder los nervios.

A Brigitte le había entrado pánico al intuir que estaba siendo víctima de algo horroroso. Como todas las jóvenes de su edad, había oído mil historias de trata de bisulcas, también de chicas que se quedaban embarazadas para vender sus hijos a parejas que no sabían asumir su situación de esterilidad y que en vez de adoptar y criar a un niño sin recursos, preferían a un recién nacido para tenerlo como hijo propio y

ocultar así su infertilidad, pero lo que Brigitte intuía era peor, mucho peor, era terrorífico.

—¡No quiero ser una cobaya, no quiero!

Echó a correr hacia la puerta del castillo a la que se accedía desde el patio a través de un amplio espacio cubierto.

Bertha, al verla de aquella forma, gritando y corriendo hacia la puerta, corrió a interceptarle el paso. Los dos doberman se pusieron en actitud de alerta.

En aquellos momentos, Brigitte era una furia incontenible en su desesperada huida. Al ponérsele Bertha delante para detenerla, golpeó a ésta en el rostro, empujándola y derribándola para seguir su camino.

Bertha, al caer, se agarró al abrigo naranja de la muchacha, quitándoselo. Brigitte, después de tambalearse, siguió corriendo.

Bertha, derribada, dio la orden a los perros que saltaron en pos de la joven cuando ésta ya llegaba a la puerta y la abría. Nadine, Margot y Sandra corrieron también y se abalanzaron sobre Bertha. Era el momento de su justicia.

Aquella mujer las retenía encerradas, las había humillado y golpeado y formaba parte de una banda de asesinos que jugaban con la ciencia médica a costa de inocentes seres humanos.

Entre las tres golpearon a Bertha furiosamente mientras Brigitte se alejaba gritando por los jardines. Desgraciadamente para ella, los perros le dieron alcance y la sangre tiñó los colmillos de aquellas fieras entrenadas para matar.

Los ladridos y los gritos hicieron que aparecieran Florence y dos hombres de aspecto fornido que sujetaron a las muchachas mientras la puerta del castillo permanecía abierta. Afuera seguían oyéndose gruñidos, pero Brigitte ya no gritaba.

# Capítulo VII

DURANTE largos días que se le habían hecho eternos, Nadine tuvo que digerir su dolorosa soledad. El aislamiento había sido total respecto a sus compañeras. Después de lo ocurrido con Brigitte, la habían encerrado en su celda y no había salido de ella.

Sólo Florence había acudido puntualmente para llevarle comida. La maligna y brutal Bertha no había vuelto a aparecer. Nadine pensó que el doctor Howard debía haberla hecho responsable de lo ocurrido.

Le habían colocado un hilo musical para darle compañía y aquel hilo musical había sido muy cuidado psicológicamente. Según la hora del día recibía un tipo de música u otro. Al llegar la noche, la música era a gran orquesta, con mucho instrumental de cuerda para tranquilizarla.

Florence no era tan brutal como Bertha, pero igualmente corpulenta.

Nadine era consciente de que, de atacarla, sería Florence la que vencería y fácilmente, pero Florence no tenía la malignidad de Bertha. Por otra parte, Nadine sabía ya que la fuga del castillo era imposible. Primero estaban los doberman que habían destrozado a Brigitte, luego los cimarrones al otro lado del muro y finalmente, las frías aguas del océano.

—¿Cómo están?

—¿Quién? —preguntó Florence lacónica como siempre, rehuyendo dar cualquier información.

—Mis amigas Sandra y Margot.

—Bien.

—Me gustaría estar con ellas.

—Es imposible por ahora.

—¿Por qué?

—Órdenes.

—¿Del doctor Howard?

—No te conviene saber nombres.

—¿Quiere decir que alguna vez me dejarán libre?

—Es posible.

—No me lo creo. A ninguna de nosotras nos dejarán libres jamás, podríamos contar lo que aquí ocurre.

—¿Ah, sí, y qué es lo que ocurre? —preguntó Florence burlona, muy

segura de sí, como si estuviera tratando con una niña, lo que irritaba más a Nadine.

—Estamos raptadas en esta isla.

—Es cierto. ¿Y qué?

—Nos matarán, sé que nos matarán a todas después de utilizarnos.

—Pueden querer conseguir un rescate por vosotras y una vez pagado…

—No —replicó firme Nadine—. No estamos aquí para que pidan un rescate por nosotras, lo sabemos, es por otra cosa.

—No te calientes la cabeza y muéstrate sumisa, es mejor para ti y para todas. No pongáis dificultades. Lo que le ocurrió a Brigitte fue una tragedia que nadie deseaba. No queremos que os suceda nada malo.

—Miente. Ya no nos dejan pasear juntas para que no hablemos de lo que nos ocurre. Florence miró su reloj. Como si la saeta le diera una señal, por la puerta apareció el doctor Howard que forzaba una suave y fría sonrisa.

—¿Cómo está Nadine? —preguntó cómo saludo.

—¡Canalla! Pagará todo lo que nos está haciendo en esta isla —le increpó la joven.

—Sólo os tenemos en estado de observación —repuso el doctor Howard, haciendo lo posible por congraciarse con su víctima.

Tomó una silla paira sentarse frente a ella, considerando que era una criatura algo rebelde a la que acabaría domesticando.

—¡Miente!

—Vamos, pequeña, vamos.

El doctor Howard sacó de su bolsillo el medallón de plata con el ojo esmaltado y la pupila roja que se encendió. Nadine recordó de golpe lo que le contara Sandra. Aquel hombre se disponía a hipnotizarla sin previo aviso, pero la muchacha ya sabía cuál era su intención.

Podía rechazar al intento de hipnosis, decirle al doctor Howard que no iba a conseguirlo con ella, pero ¿qué haría él entonces? ¿La golpearían, le inyectarían algún sedante para vencer su resistencia? De todos modos, no tenía escapatoria.

No podía enfrentarse abiertamente al doctor

Howard que era el cerebro maligno en todo aquel caso de rapto de muchachas. Tampoco quería entregarse sin lucha, no quería dejarse someter a la hipnosis para que hicieran con ella lo que quisieran. Optó por simular y dar apariencia de docilidad pese a que todavía se estremecía recordando los gritos oídos en las largas noches, salidos de gargantas de muchachas aterrorizadas que continuaban encerradas en sus celdas mientras sus vientres engordaban albergando un nuevo ser que les había sido impuesto a la fuerza.

El medallón comenzó a oscilar frente a sus ojos mientras el doctor

Howard le decía con voz cadenciosa, profunda:

—Tranquilízate, descansa. Relájate, estás muy bien, nada te hace daño. Te sientes bien, muy bien… Tienes sueño, mucho sueño, los párpados empiezan a pesarte…

Nadine comenzó a seguir con sus ojos el movimiento pendular de aquel ojo cuya pupila brillaba con luz propia en rojo, pero sus oídos parecían haberse cerrado a las palabras del médico mientras su mente repetía:

"No me hipnotizarás, canalla, no lo conseguirás. Te haré creer que sí, pero no lo conseguirás…"

—Levántate y sígueme —le ordenó el doctor Howard cuando creyó tenerla hipnotizada. Abandonaron la celda cuya puerta quedó abierta. Florence le había puesto el abrigo naranja para evitar el frío que siempre hacía en aquel lugar pese a que ya estaban casi en primavera, una primavera que no parecía llegar jamás a la isla batida por los vientos del Ártico.

Nadine seguía al doctor Howard como si realmente estuviera hipnotizada.

No sabía hasta dónde habría de llegar su falso sometimiento; de todas maneras, no tenía escapatoria. Allí de nada servía gritar en busca de ayuda.

Descendió por corredores y escaleras que desconocía hasta los sótanos de aquel castillo levantado en la solitaria isla. El castillo, evidentemente, había sido restaurado, pero los mejores acondicionamientos habían sido hechos en los sótanos. Allí estaba el quirófano de neurocirugía con avanzadísimo instrumental y aparatos de alta tecnología para la detección de vida neurocelular. También había habitaciones de cuidados intensivos que Nadine no podía ver. Detrás de cada una de las puertas del frío y aséptico corredor palpitaba un mundo distinto.

Al entrar en el quirófano, vio a dos hombres vestidos de verde con el gorrito cubriéndoles la cabeza y el tapabocas antiséptico. El pánico entró en el cuerpo de la joven.

El doctor Howard se volvió hacia Nadine y le ordenó:

—Tiéndete en la mesa.

Le señaló una de las dos mesas que tenía soportes para las piernas, especialmente femeninas, de modo que moviendo aquellos soportes podían separar las piernas adecuadamente.

Florence le quitó el abrigo naranja.

El doctor Howard estaba tan seguro de que la muchacha iba a obedecerle dócilmente como había ocurrido siempre con las otras chicas allí tratadas, que dio la vuelta para dirigirse a una estancia contigua donde estaba el lavamanos y la indumentaria aséptica para intervenir en

el quirófano.

Nadine dejó de fingir y corrió hacia la puerta. Su única meta era escapar, escapar lo más lejos posible.

Florence trató de cortarle el paso. Nadine la sorteó y luego empujó una camilla contra ella, interponiéndola entre la enfermera y la puerta.

—¡Cogedla! —gritó Florence a los dos hombres vestidos de verde que eran los médicos ayudantes del doctor Howard.

Nadine salió al corredor como enloquecida.

Sabía lo que allí le esperaba y no estaba dispuesta a someterse a una inseminación artificial cuyo objetivo final ignoraba.

Empujó una puerta e irrumpió en una estancia donde había un hombre en una cama, con toda la cabeza vendada, sólo sus ojos asomaban entre las vendas. Aquel hombre estaba unido a una serie de electrodos y tubos.

Nadine gritó, más asustada aún. No alcanzaba a razonar, pero su intuición le advertía que aquel paciente tenía mucho que ver con ella.

Salió de la habitación y corrió por el largo pasillo en busca de una salida, pero al doblar un recodo se encontró con los dos ayudantes del doctor Howard que con las bocas tapadas la cogieron por los brazos llevándosela en volandas.

—¡Nooo, nooo! —gritó con toda su alma, pero sin poder escapar al destino que le habían preparado en contra de su voluntad.

# Capítulo VIII

TENDIDA en la cama de su celda, Nadine se sentía hundida, humillada, con deseos de morirse.

La habían controlado como a un animal de granja para saber cuál era el día idóneo para recibir el semen que debería fecundarla.

No sabría nunca a quién pertenecía aquel semen del que sólo se conocerían las características físicas, morfológicas y biológicas, para que el futuro ser tuviera el máximo de propiedades exigidas para cumplimentar el objetivo final.

Deseaba morir e, intuyéndolo, habían quitado de su celda todos los cordones y cualquier elemento que pudiera utilizarse para un ahorcamiento, tampoco había nada cortante. La ventana tenía un cristal que resultaba demasiado grueso Petra romperlo.

No le habían administrado sedantes en aquella situación para evitar que droga alguna pudiera influir en la fecundación que tenía que estarse produciendo dentro del cuerpo de la joven Nadine.

Estaba perdiendo la noción del tiempo, olvidaba su pasado. Ya no sabía cuánto tiempo hacía que no había visto a sus amigas. Se sentía sola, dolorosamente sola. Podía haber muchas clases de monstruos, pero el peor de ellos era el que utilizaba la ciencia para conseguir sus objetivos sin tener piedad para con sus víctimas, olvidándose de la ética.

Había oscurecido. Nadine se sentía incapaz de todo, era como si se dispusiera a esperar la muerte tendida en el lecho.

Poco a poco, comenzó a entrar la luz blanca de la luna por la ventana, era la luz del plenilunio.

De súbito, los ojos verdes de la muchacha se agrandaron ante el espectro que iba tomando forma frente a ella, un espectro de perfil poco definido que carecía de indumentaria y que sólo mostraba millares de diminutas venas transportando sangre y otros fluidos, o por lo menos así lo parecía. Era una figura fosforescente.

—Me llamaste y estoy aquí —le dijo el espectro con su voz cavernosa que Nadine ya conocía. Aquella voz no parecía salir del propio espectro, sino de las paredes de la celda.

—¿Quién eres, quién eres? —preguntó sin gritar.

—Tú me llamaste y ha llegado el gran momento.

—No sé quién eres ni qué quieres. Márchate, márchate o me volveré

más loca de lo que ya estoy.

—Necesito volver a vivir para luego poder morir.

—Es horrible, tiene que ser una pesadilla —gimió Nadine cerrando y abriendo los ojos para ver si de esta forma hacía desaparecer la imagen del espectro que tenía ante ella.

—He vagado en los espacios sin tiempo esperando la llamada de una hembra que quisiera darme vida de nuevo. Luego, podré morir como cualquier mortal, cuando llegue mi hora. Nadine gimió:

—Debo haber enloquecido.

—Me llamo Abbut y fui el hijo del rey de mi pueblo.

—¿Qué pueblo?

—Hace miles de años, cuando hubo quien pintaba cacerías y animales en las cuevas, mi pueblo era grande, pero mis hermanos fueron traidores. Me acusaron de yacer con la favorita de mi padre el rey y fui condenado a una muerte ignominiosa. Fui maldecido y condenado a que mi espíritu no hallara descanso en la tierra de los dioses hasta que volviera a vivir y a morir.

—Qué historia más extraña, no puede ser verdad.

—Mi cuerpo fue quemado sobre el dolmen y mis cenizas arrastradas por los vientos y di— sueltas por las lluvias, pero mi espíritu quedó sin descanso a la espera de la llamada de una hembra que quisiera darme vida de nuevo y aquí estoy.

—Yo no te llamé, yo no te llamé —sollozó Nadine.

—Me llamaste con tu danza, con tus jadeos, con tu cuerpo, con tu mente. Me llamaste y yo acudí. A partir de entonces, quedé a la espera y la gran noche ha llegado.

—¿Qué estás diciendo?

—Estás a punto de concebir una nueva vida y en esa nueva vida volveré yo para vivir y morir.

—No puede ser verdad, me estoy volviendo loca…

—No te has vuelto loca, tú eres como ella…

—¿Ella?

—Inami.

—¿Quién es Inami?

—La favorita de mi padre, la mujer que se enamoró de mí pero que no traicionó a mi padre. Vengo contento a tu vientre.

—¡No es posible, no puede ser verdad, todo es una fantasía, una pesadilla!

—Yo te estoy agradecido por haberme llamado, por ofrecerme tu cuerpo para darme una vida nueva. Soy un espíritu fuerte, soy un luchador. No puedo seguir contándote cosas de mí, no puedo, estás concibiendo.

—¡Nooooo!

Nadine se llevó las manos al vientre y se lo cogió como tratando de detener algo que se estaba produciendo dentro de él.

El espectro avanzó hacia ella mientras su fosforescencia se disolvía en el aire hasta que desapareció por completo.

Sintió algo inusitado dentro de sí, como una vibración extraña en sus entrañas.

¿Qué podía hacer para liberarse de cuanto le sucedía? Nada, no podía abortar. La habían inseminado en contra de su voluntad con una dosis sacada de un banco de semen y perteneciente a un hombre que jamás conocería. Y por si aquello fuera poco, había aparecido el espectro que había dicho llamarse Abbut y que deseaba un cuerpo para volver a vivir porque había sido sacrificado y maldecido, condenado a vagar por los espacios sin tiempo, lejos de las tierras de sus dioses.

—Yo no he llamado a nadie, yo no quiero estar aquí —se dijo Nadine sollozando.

Era casi una niña, pero ya tenía un cuerpo de mujer en el que se habían fijado demasiados. Le habían impedido ser dueña de sí misma, de su propio cuerpo, de escoger su destino.

Encerrada en aquella celda, no podía hacer otra cosa que esperar a que el destino se con— sumara.

Sin embargo, su deseo de morir era inferior al sentido vital de supervivencia que anidaba en su joven cuerpo.

Cerró los ojos y deseó que todo se tratara de un sueño, de una horrible pesadilla. Ansiaba despertar en su habitación en la casa de sus padres después de una noche de mal sueño.

¿Quién no ha deseado borrar unáis vivencias desagradables y dolorosas, despertar en otra parte, en otro tiempo más propicio y gratificante? Para Nadine, lo que le estaba sucediendo no era un mal sueño, no era una pesadilla. Se hallaba cautiva en una fortaleza en una isla oceánica donde nadie podía ayudarla. Estaba en manos de una mente maligna que utilizaba la ciencia médica para conseguir sus fines más repugnantes y no había forma humana de escapar.

Se levantó de la cama. Abrió la ventana subiéndose a una silla para mejor alcanzarla y se agarró al barrote vertical que le impedía salir, comenzando a llamar:

—¡Sandra, Margot!

Llamó hasta enronquecer. Como respuesta sólo obtuvo los ladridos de los perros cimarrones que estaban esperando al otro lado del muro de la fortaleza a que les lanzaran carne que devorar, no importándoles que fuera humana o de alguna res congelada, traída de lejos en los barcos para darles de comer y mantenerlos allí como feroces guardianes de la isla.

# Capítulo IX

FLORENCE abrió la puerta de la celda que ocupaba Nadine. Esta ya había perdido la capacidad de sonreír.

—Anda, levántate, tienes que pasear —le dijo Florence.

Nadine había salido cada día a pasear siempre esperando encontrar a alguna de sus amigas con las que poder charlar y cambiar impresiones, pero el patio siempre estaba solitario.

—¿Y los perros? —había preguntado al no ver a los doberman.

—Están en los jardines, alrededor del castillo.

—¿Órdenes del doctor Howard?

—Sí, el doctor Howard no quiere que los perros os molesten —respondió Florence que deseaba ser amable con Nadine.

Hacía un día suave de primavera. Se acercaba el verano; sin embargo, en aquella isla no parecía que nunca pudiera hacer calor. Sí podían verse más gaviotas, quizás porque en torno a la isla había más bancos de peces.

Nadine sentía vergüenza y humillación por aquel embarazo no deseado. Su vientre ya estaba visiblemente abultado.

Desde el principio de aquel embarazo forzado por la maligna ciencia y tecnología médica del doctor Howard, Nadine había sido tratada con mucho esmero para cuidar su estado anímico. Música tranquilizante, una dieta muy controlada y compañía. Florence la visitaba a menudo y le hacía compañía, pero no conseguía abrir el corazón de Nadine, no lograba hacerla su amiga.

—¿Qué pasó con Bertha?

—Se fue, pero hay personal nuevo.

—¿Cuántos sois?

Mientras caminaba junto a Nadine tomando el sol de aquel patio interior, Florence objetó:

—¿Por qué no hablamos de otras cosas? ¿Te gustaría pasear por los jardines grandes?

—¿Fuera del castillo?

—Sí, pero dentro de la fortaleza. Ya sabes que afuera están los cimarrones.

—¿Y Margot y Sandra?

—Margot está descansando.

—¿Y Sandra? —insistió Nadine.

—Se fue.

—¿Adónde?

—A su casa.

—¿A su casa? No me lo creo. ¿Qué han hecho con ella?

—Yo sólo puedo decirte lo que me han dicho. Quizás la han llevado a otro país para aclimatarla antes de regresar.

—¿Aclimatar?

—Sí, para que no provoque problemas. Luego se telefonea a los padres, la van a buscar a otro país y asunto resuelto.

—¿Y su hijo?

—¿Qué hijo?

—No me mienta. Si lo hace ahora, no volveré a hablar más aunque me mate.

—Sandra no tuvo ningún hijo.

—Está bien, quiere mentirme ¿eh?

—No tuvo ningún hijo porque sufrió un aborto.

Nadine, que había comenzado a alejarse de ella dándole la espalda, se volvió para mirarla a la cara.

—¿Aborto?

—Sí, no es una chica muy fuerte.

—¿Y Margot?

—Está en su cuarto.

—En su calabozo, dirá.

—Mejor no te molestes. Veré qué puedo hacer para que paseéis juntas.

—Quiero pasear con ella.

—Preguntaré. Si os portáis bien, todo serán facilidades. Yo sólo cumplo órdenes.

—¿Y le pagan mucho?

—Eso no importa. Soy enfermera ayudante, eso es todo.

—¿Qué pasará con mi hijo?

—No pienses en eso ahora.

—No puedo evitar pensarlo. ¿Qué será de él?

—Pues, estará bien.

—Nos raptan para convertirnos en conejas humanas, ¿no es eso?

—Por favor, no pongas las cosas difíciles.

—¿El semen es del padre que adoptará a la criatura?

—No sé nada. No me hagas preguntas, no puedo responderte.

—Esas parejas estériles que no soportan vivir sin un hijo al que llenar

de caprichos y que herede el nombre familiar y posiblemente sus negocios, necesitan un hijo de determinadas características físicas, ¿verdad?

—Tranquilízate. Yo no te puedo responder y si te pones nerviosa, no podré preguntar si puedes estar con tu amiga.

La amenaza era clara, no debía seguir preguntando. No podía intentar averiguar qué sería de su futuro hijo.

—¿Y si empiezo a querer al hijo que nazca?

—Es natural que lo quieras. Eres su madre aunque no lo hayas deseado.

—Pero si lo quiero, ¿me lo quitarán igual?

—No sigamos hablando de ese tema, mejor deja correr el tiempo. No eres la única mujer que va a dar a luz una nueva criatura que luego pasará a otras manos. Hay muchas mujeres en todo el mundo que pasan por lo mismo y en la mayoría de los casos es para que el niño tenga una situación mejor que la que tendría con su madre natural.

—Es que lo que me sucede no ha sido un desliz sexual mío, me lo habéis impuesto. ¿Por qué, por qué?

—Vamos, Nadine, recuerda que quieres pasear con tu amiga.

Volvió a bajar la cabeza, vencida por el chantaje. No conseguía asimilar aún aquel vientre abultado que había roto la figura grácil y esbelta que tenía cuando fuera raptada después de un partido de tenis.

—¿Tanto me parezco a la madre?

—¿Por qué preguntas eso?

—Si me habéis elegido para tener a la criatura, es que debo parecerme mucho a la que luego será la madre oficial.

—Bueno, hay constantes físicas que deben ser iguales. Dentro de poco, todo esto sólo será un sueño para ti. Terminarás olvidando estos meses de tu vida, nadie sabrá lo que te ha ocurrido salvo que tú desees contarlo.

Semiescondido tras una ventana, el doctor Howard observaba a Nadine.

Aquella agradable mañana de primavera, con el cielo lleno de blancas gaviotas que pasaban chillando por encima de la fortaleza, Florence regresó a Nadine a su celda, encerrándola con llave como era habitual. Después, Florence se encontró cara a cara con el doctor Howard.

—¿Qué le sucede a Nadine?

Florence temía a la gravedad habitual del doctor Howard pese a lo mucho que le conocía. Sabía que aquel hombre no amaba otra cosa que la ciencia que él practicaba.

—Están despertando sus sentimientos de madre. Creo que sería bueno dejarla pasear con su amiga.

—Tenemos una mala experiencia al respecto.

—Cuando murió aquella chica, atacada por los perros, su llegada era demasiado reciente. Ahora, su moral está vencida. Después de todo, ninguna de las dos sabe nada y por tanto nada se pueden comunicar. Sólo pueden contarse sus preocupaciones, sus inquietudes, y eso las calma.

—Florence, tú eres muy inteligente, no eres como la estúpida de Bertha.

—¿Cuándo la dejará en libertad?

—Necesitaba una lección y unos meses encerrada en una mazmorra la enseñarán que no debe cometer errores. No tolero los errores y todos lo saben. Estoy buscando un par de ayudantes para ti. Esto que hacemos sólo es el principio. Tengo grandes planes para el trasplante de cerebros fetales a cerebros de hombres importantes, hombres con poder en el mundo. Sí, tengo muchos planes y necesito colaboradores eficaces que no tengan reparos en seguir adelante con la más avanzada tecnología dentro de la ciencia médica, sin detenerse a pensar en problemas de conciencia. No se puede detener el avance de la ciencia por estúpidos problema de ética profesional. En la ciencia médica nunca se llega al límite, siempre se puede seguir avanzando, para eso estamos en esta isla solitaria. Llegará un día en que los más grandes, los más poderosos, nos deberán la vida, la curación, el rejuvenecimiento total, nos protegerán y entonces nada nos faltará. Tendremos más muchachas para conseguir fetos de cinco meses con sus cerebros en crecimiento. Por cierto, ¿has vigilado a la chimpancé?

—Sí, claro.

—¿Está perfecta?

—Por supuesto.

—Vamos. Creo que Bertha ya ha pasado demasiado tiempo en la mazmorra. —Sacó un radiotransmisor de bolsillo y lo puso en funcionamiento—: Perkins, Mortimer, acudid a la mazmorra de Bertha.

—Comprendido —dijo una voz masculina que llegó al pequeño emisor-transmisor. Descendieron por una escalinata hacia el sótano, pero no al sótano donde se hallaban los quirófanos y las habitaciones de cuidados intensivos, sino a un sótano más lóbrego y pro— fundo adonde jamás llegaba la luz del día.

Las mazmorras que se hallaban en el subsótano del castillo se habían conservado tal como fueran construidas siglos atrás. Humedad, hedor quizás lo único válido fuera una temperatura constante que nunca debía variar.

Cuando Bertha les vio aparecer, iluminados por una pobre bombilla que colgaba del techo, se lanzó al suelo de rodillas buscando los pies del doctor Howard para besárselos. La desesperación se reflejaba en los ojos

de aquella corpulenta mujer.

—Tranquila, Bertha, tranquila. Todo se soluciona, siempre llega el día de la liberación. Florence permanecía más atrás, con los labios prietos, sin atreverse a decir nada. Sabía que no podía fallarle al doctor Howard porque corría el riesgo de que la encerraran como a Bertha.

El doctor Howard, alto, frío, de ojos grises, era implacable en sus decisiones. No conocía la piedad aunque a muchos les pareciera lo contrario al verle acariciar a un paciente infantil o a un anciano cuando se hallaba fuera de su isla, de su nido de araña, en las naciones donde se le conocía como un gran genio de la neurocirugía, ignorándose cuáles eran sus prácticas secretas.

Hizo un movimiento con la mano y uno de los dos vigilantes abrió las rejas.

Bertha fue sacada por los breaos. Cuando se dio cuenta, ya le habían puesto un cinturón ancho con hebilla de cierre, llave y tinos aros situados a cada lado de las caderas donde quedaron sujetas las muñecas de la ex-celadora. De este modo, Bertha no podía mover los brazos ni emplear sus manos.

—¿Por qué no me deja libre, doctor Howard? —suplicó—. Ya he pagado, haré todo lo que me pida.

—De eso estoy seguro, Bertha, de eso estoy seguro —repitió mientras echaba a andar. Tras él, Bertha, conducida por los dos vigilantes, y Florence cerrando la marcha.

Subieron al sótano donde se hallaba la clínica secreta del doctor Howard. Bertha mostró gran intranquilidad cuando la introdujeron en una antesala del quirófano donde podía practicarse la limpieza básica y la asepsia general.

—Doctor, doctor, ¿qué va a hacer conmigo? —preguntó Bertha ya asustada cuando fue sentada en un sillón metálico y sujetada con correas.

—Florence…

—Sí, doctor Howard.

—Afeite la cabeza de Bertha. Luego, que la pasen por la ducha y el vaporizado antiséptico.

—¡Nooo, nooo! ¿Qué quiere hacer conmigo? De nada sirvieron los gritos de Bertha.

Florence, sabiendo muy bien lo que le convenía, tomó la maquinilla eléctrica y comenzó a rapar la cabeza de Bertha. Los cabellos rubios, fuertes y duros como toda su humanidad, fueron cayendo al suelo.

La imagen de Bertha iba cambiando a medida que perdía todo su cabello.

Florence dejó la maquinilla eléctrica para enjabonar la cabeza rapada de la que hasta entonces fuera su compañera. La enjabonó y después, la

afeitó con meticulosidad.

—¡Florence, no dejes que me hagan nada, no dejes! —suplicaba.

Florence no despegaba los labios, era como si su antigua compañera hablara un idioma que ella no comprendía.

La despojaron de sus ropas cortándolas y fue tratada como ella había tratado a las jóvenes cautivas, pasada por la ducha con detergente y luego vaporizada con un líquido antiséptico.

—¡Florence, ayúdame, ayúdame! —suplicaba—» ¡Otro día te puede tocar a ti!

Florence no podía ayudarla porque corría el riesgo de ser tratada de igual forma. Bertha había caído en desgracia y en aquella maldita isla no había escapatoria.

Fue llevada a la mesa de operaciones, amarrada con las correas y cubierta hasta el cuello con una sábana. Poco después entraron en el quirófano para sentar en la mesa contigua a una hembra chimpancé que Bertha conocía muy bien, una chimpancé que estaba visiblemente embarazada.

—¡Doctor Howard! —gritó Bertha intuyendo lo que podía sucederle.

—Vamos, Bertha, vamos, no te pongas nerviosa. Total, sólo eres una estúpida y lo has de— mostrado en varias ocasiones. Haremos una limpieza de parte de tu cerebro, no de las zonas de control motriz, sino del control pensante y el vaciado lo rellenaremos con neuronas del feto chimpancé. Son neuronas nacientes, así podremos ver cómo se desarrollan en un ser humano. No se puede garantizar el éxito, pero el seguimiento será muy interesante. Si no hay rechazo, es posible que lleguemos a saber lo que piensa un chimpancé, porque tu facultad de hablar, sino ocurre nada fuera de control, no la vas a perder. Un experimento particularmente interesante. No se podrá publicar en las revistas médicas internacionales, pero me servirá como experiencia científica. Se realizan tantos y tantos experimentos que no pueden publicarse en las revistas médicas porque causarían escándalo…

—¡No me pueden hacer eso, no pueden, es horrible! —chillaba Bertha.

—Prepárenla, ya pueden comenzar a dormirla. A la mona sujétenla, le haremos la cesárea enseguida —ordenó el doctor Howard mientras se encaminaba al vestuario y lavatorio paira vestir se adecuadamente.

Florence se acercó a Bertha. Esta, aterrorizada, le suplicó:

—¡No dejes que lo haga, no dejes que ponga el cerebro del feto de chimpancé dentro del mío, no le dejes, está loco, no le dejes!

—Lo siento, Bertha. Te cuidaremos bien. Pronto vas a dejar de pensar como lo haces ahora, luego ya será otra cosa. Tu cerebro será virgen en parte.

—¡Nooooo!

Uno de los ayudantes del doctor Howard hundió una aguja hipodérmica en el brazo de Bertha para que la anestesia comenzara a circular por su sangre.

Mientras, la chimpancé era amarrada a la mesa de operaciones y su vientre rasurado para serle practicada la cesárea que dejaría salir al feto con el máximo estado de perfección porque tenían que extirparle el cerebro en vivo.

# Capítulo X

NADINE había paseado por los jardines de la fortaleza junto a Margot por corto espacio de tiempo, pero en muchas ocasiones, siempre seguidas de cerca por Florence.

Los temibles doberman no habían aparecido cerca de ellas.

—Es horrible, estoy engordando monstruosamente —se lamentó Margot, cogiéndose con las manos su abultado vientre.

—Tienes un embarazo más adelantado que yo, casi dos meses, ¿no? Margot asintió con la cabeza.

—Dicen que cuando desocupemos nos dejarán ir como a Sandra.

—Deseo que eso ocurra pronto, estoy deseando irme de aquí.

—¿Has pensado en el niño?

—No quiero pensar —replicó Margot sin vacilaciones.

—¿No lo quieres?

—No deseo quererlo. Después de todo, por lo que me has contado, nos los van a quitar.

—Sí, parece que es una organización canallesca que nos utiliza como si fuéramos animales de granja para parir.

—Había oído casos de úteros alquilados, pero no raptos como de los que hemos sido víctimas nosotras.

—Lógico.

—¿Por qué?

—Porque estos casos son silenciados. Parece ser que quienes reciben a nuestros hijos son gente importante.

—Después de todo, si la criatura va a estar bien…

—Parece como si te hubieras hecho a la idea de ser utilizada y que luego te roben el hijo o la hija.

—¿Y qué podemos hacer? Quiero regresar a mi vida normal, a mi vida en libertad, y olvidar todo esto como si fuera una pesadilla.

—Yo haré lo posible para averiguar adónde va a parar mi hijo cuando me dejen libre.

—Pues, será mejor que no lo digas.

La amistad entre las dos muchachas se había estrechado más en la desgracia mientras ambas veían como sus respectivos embarazos progresaban.

—Florence, ¿no me saca de paseo? —preguntó al ver que la celadora mantenía la puerta de su celda cerrada con llave.

—Has de descansar más, órdenes del doctor.

Le proporcionaron libros y mucha música. Durante una semana, no salió a pasear y cuando lo hizo de nuevo, ya con un sol agradable, preguntó:

—¿Y Margot?

—No se encuentra bien.

—Me gustaría verla.

—Lo siento, no es posible —replicó Florence.

Nadine había oído desde su celda la sirena de un yate y los ladridos de los perros cimarrones, pero no sabía nada de lo que ocurría en aquella fortaleza en la que se hallaba cautiva.

Volvió a salir al patio del castillo y a los jardines mientras su embarazo seguía adelante. Un día, al regresar del paseo, se asustó al ver se de frente con Bertha. Ésta tenía en la cabeza un pelito muy corto, naciente.

Florence, que iba tras la muchacha, acompañándola, le ordenó:

—Sigue adelante, no le digas nada.

Bertha la miró en silencio. Su actitud era muy extraña. Movió la cabeza de un lado a otro, se llevó el pulgar derecho a la boca y comenzó a chupárselo con verdadera fruición.

—¿Qué le pasa a Bertha? —preguntó Nadine a Florence mientras regresaban a la celda.

—Se cayó por una escalera, se dio un fuerte golpe en la cabeza y ha quedado un poco mal. El doctor la ha curado, pero dice que tardará tiempo en recuperarse. Cuando la veas, no le digas nada.

Con la meta de que después del parto llegaría la libertad pese a que perdería al hijo que, según creía, iría a parar a las manos de padres adoptivos, Nadine estaba más resignada a su suerte. Había llegado a creer todas las falsedades que le habían contado para que se sometiera a su suerte y no creara problemas.

Comía lo que se le daba para que su futuro hijo estuviera correctamente alimentado.

Un día, no llegó la comida y Nadine quedó extrañada. Florence no apareció por la celda y las horas fueron transcurriendo.

Llegó la hora de la cena y tampoco recibió el alimento. Nadine comenzó a preocuparse. Al fin, se abrió la puerta y apareció Florence.

—Ven conmigo, Nadine, el doctor Howard desea verte. Siguió a Florence por los largos corredores hasta el sótano.

Cuando llegó ante el quirófano, Nadine tuvo sensación de rechazo hacia aquel lugar que olía fuertemente a antisépticos. Sobre la gran mesa de operaciones yacía un hombre, cubierto hasta el rostro y con la

cabeza rapada.

—¿Qué es esto? —preguntó la joven.

—Tranquila, han de hacerle una intervención.

Cuando Nadine quiso darse cuenta, dos de los hombres vestidos de verde, con los tapabocas puestos, la cogieron en volandas y la colocaron sobre la segunda mesa de operaciones. Rápidamente, sin que pudiera hacer nada para evitarlo, quedó sujeta por correas.

—¿Qué van a hacerme? —chilló—. ¡Quiero saberlo! —exigió, pese a su situación de total impotencia.

—¿Ves a ese hombre que está en la gran mesa de operaciones?

—Sí. ¿Quién es?

—Un general muy importante.

—¿Un general?

—Sí. No importa el país ni su nombre, pero es un hombre muy importante. De su mando dependen ejércitos de varias naciones.

—¿Y qué tengo que ver yo con él?

—Tú fuiste elegida para ayudarle.

—¿Yo, cómo?

—Está muy enfermo y si el doctor Howard no lo remedia, morirá y pronto. Esto ya lo sabía el doctor Howard cuando te seleccionó. Él padece una enfermedad cerebral y el feto que llevas en tu vientre puede ayudarle.

—¡Noooo!

—Sí. Las neuronas en crecimiento del cerebro de tu feto son las que le salvarán y rejuvenecerán paira que pueda continuar en su puesto. Con esta entrega harías un gran bien a la humanidad.

—¡Con el sacrificio de mi hijo, no!

—Ya no puedes impedir nada. Además, te diré algo. —Florence acercó su rostro al de la muchacha que nada podía hacer paira escapar a su destino—. El semen era de él mismo, así no habrá rechazo alguno.

Nadine comprendió que su horrible destino estaba programado desde hacía mucho tiempo.

El doctor Howard apareció ya con el tapabocas puesto y seguido de sus más directos colaboradores.

—Empecemos con la craneotomía —dijo.

—¡Noo, no pueden hacerme esto, no pueden utilizar a mi futuro hijo para esto, no pueden!

El doctor Howard se acercó a Nadine y la miró con la frialdad de sus ojos grises.

—Si te dejaras hipnotizar, todo iría mucho mejor. No me gusta emplear los sedantes, éstos pasan a la sangre y de la sangre al feto y no quiero un cerebro con sedantes. Te burlaste de mí en la otra ocasión que

intenté hipnotizarte, eres demasiado inteligente y fuerte de carácter. Si te dejaras hipnotizar ahora, no sufrirías. Te vamos a practicar una cesárea. En circunstancias semejantes, muchas mujeres morirían por el shock. Si mueres, lo sentiré por ti, pero si resistes, prometo conservarte la vida.

—¡Es usted un monstruo!

—Tápale la boca, no quiero que grite más, ya ha tenido su oportunidad —dijo el doctor Howard.

Con cinta adhesiva de tamaño grande, Florence tapó la boca de Nadine y le dijo:

—Lo siento. Resiste.

—Doctor Howard, esto ya es demasiado —protestó el joven doctor Cassidy que colaboraba con el doctor Manker.

—¿Qué tiene usted que objetar?

—Esto no se puede tolerar, la chica puede morir con una cesárea en vivo.

—¿Y qué? ¿Acaso importa lo que les suceda a las muchachas que ya nos han entregado su feto? —Sonrió maligno—. En realidad, sólo sirven para dos veces como máximo.

—Me niego a participar en este trasplante de células cerebrales.

El joven Cassidy se quitó el tapabocas y dio la espalda al doctor Howard para marcharse de allí.

El doctor Howard tomó un bisturí de larga hoja y, sin vacilación alguna, se lo hundió en la espalda a través de la ropa.

Ante la expectación de los presentes, el doctor Howard movió el bisturí mientras el joven Cassidy se tambaleaba.

—Supongo que sientes dolor en el corazón, pero ya no lo sentirás más. No admito los obstáculos en el camino de la ciencia.

Sacó el bisturí. El joven médico cayó muerto con un profundo corte en el corazón. El cráneo del importante militar fue abierto también el vientre de la muchacha.

Apareció el feto y sin piedad alguna, el doctor Howard abrió su cabeza paira dejar al descubierto su creciente cerebro. Cuando comenzó a extirpadlo para llevar a cabo el trasplante de neuronas del feto al cerebro del militar, todo semejó temblar.

Brotaron chispazos de varios aparatos y pudo oírse como un inquietante y prolongado rugido.

—Será un seísmo que durará segundos —dijo el doctor Howard, y prosiguió con su tarea. Nadine había cerrado los ojos, parecía desvanecida.

# Capítulo XI

LA lancha pintada de gris-negro cortaba el agua en la noche con sus luces apagadas.

Entró en el pequeño muelle de la isla y atracó con gran suavidad junto al yate que allí había.

—Mi general, estamos en el objetivo —saludó un oficial en traje de campaña, un traje que no llevaba insignia alguna.

—Los pasamontañas y las armas con silenciadores. La sorpresa ha de ser total —ordenó tajante el jefe de aquella lancha que podía considerarse torpedera y lanzamisiles.

Saltaron de la lancha al yate y allí sorprendieron a dos marineros dormidos.

Las metralletas con silenciador vomitaron sus balas mortíferas dejándolos acribillados. Saltaron luego al muelle y lo rebasaron, abriendo las verjas.

Acudieron los perros cimarrones, pero las metralletas vomitaron su fuego letal. Los perros fueron cayendo y los que no, huyeron aterrorizados a aquella matanza.

El grupo de diez hombres encapuchados subió por la montaña hasta llegar al muro de la fortaleza.

Colocaron un explosivo en la puerta y ésta se vino abajo. El túnel de entrada a la fortaleza quedó libre para ellos, pero el aviso ya estaba dado.

Los guerrilleros encapuchados, sin distintivos de nacionalidad alguna, llegaron a la puerta del castillo y también la derribaron con explosivo.

Aparecieron dos hombres armados que dispararon sin éxito; en cambio, ellos fueron barridos a balazos.

Los asaltantes encapuchados se internaron en el castillo.

Sabían bien adónde tenían que dirigirse cada uno de ellos. Dos quedaron en la puerta, vigilantes. El jefe, acompañado de varios hombres, todos encapuchados, llegó al quirófano donde encontró al doctor Howard y a sus ayudantes que le miraron asustados.

—¿Quiénes sois? —preguntó el doctor Howard.

—Somos la muerte —silabeó el jefe de los encapuchados. Las armas volvieron a vomitar fuego y muerte.

El doctor Howard vio caer muertos a los hombres de su equipo, todos menos él.

—¿Te conozco? —gruñó el doctor Howard enfrentándose al alto encapuchado que en su boina, como único distintivo, lucía una serpiente de plata y una rama de encina adornada con bellotas.

El jefe del comando levantó la capucha y mostró su rostro al doctor Howard. Este le observó atentamente y dijo:

—Creo haberte visto antes, pero tu rostro, no se…

—Mi rostro está rejuvenecido, admitió la cirugía estética.

—Ya, el general…

No pudo añadir nada más, fue empujado violentamente.

—Llevadlo a una de las mazmorras de los sótanos —ordenó tajante. Uno de los guerrilleros encapuchados trajo consigo a Florence.

—He encontrado a ésta —dijo.

El general tenía ya el rostro cubierto de nuevo antes de decir:

—Es Florence, la cuidadora de las chicas.

—¿Quién eres? —preguntó ella.

—No puedes hacer preguntas —replicó—. Lié vanos adonde están las chicas.

—¿Qué vais a hacer?

—Liberarlas a todas —respondió el general.

Florence no opuso resistencia. Había demasiados hombres armados y todos los colaboradores del doctor Howard yacían cosidos a balazos.

—Yo sólo obedecía órdenes —se apresuró a decir.

—Pues ahora obedecerás las mías. Saca a las chicas, vamos, aprisa.

Florence obedeció. Para ella, lo primero era salvar la vida. Acompañada por los encapuchados fue abriendo las celdas, hasta siete, de donde salieron las cautivas, tres de ellas embarazadas.

—¡Margot!

—¡Nadine!

Las dos amigas, cubiertas con los largos camisones, se abrazaron. Recogieron sus abrigos color naranja para protegerse del frío y echaron a andar después de que se les dijera:

—Hemos venido a daros la libertad.

—Ya están libres —dijo el oficial ayudante del general.

—¿No hay más cautivas? —preguntó el general que lucía la serpiente de plata a Florence.

—No, no hay más.

—En ese caso, llevadla con el doctor Howard.

—¡No, no me deje aquí! —suplicó Florence.

—¿No has dicho que tú sólo obedecías sus órdenes? Pues, sigue obedeciéndole. Florence fue arrastrada a las mazmorras y encerrada

junto al doctor Howard.

Los encapuchados descendieron hacia el muelle mientras una figura de mujer vagaba de un lado a otro de la isla lanzando extraños chillidos. Aquella mujer desgreñada, encorvada, con actitudes de estupidez, era Bertha.

Los encapuchados, con las muchachas salvadas, regresaron a la lancha. Ya a bordo, el general preguntó al suboficial:

—¿Todo listo?

—Sí, mi general.

El enigmático general tomó un aparato de detonación por control remoto. Quitó el seguro y oprimió un botón rojo.

Las muchachas miraron hacia la fortaleza y la vieron estallar en la noche, generando una luz cegadora. Se derrumbaron toneladas y toneladas de piedras, sepultando los sótanos del castillo mientras el muro que rodeaba la fortaleza seguía intacto.

—Muchachas, salimos del muelle.

Cuando ya salían del muelle, dos torpedos no muy grandes pero terriblemente poderosos saltaron de los lanzatubos buscando su objetivo. El yate atracado en el puerto también estalló, hundiéndose en las aguas y desapareciendo para siempre.

La lancha de guerra surgida sorpresivamente en la noche, dejaba atrás una isla con perros cimarrones y una extraña criatura humana que tenía actitudes de chimpancé.

Cuando la isla desapareció en la noche oceánica, los encapuchados descubrieron sus rostros y el oficial pidió a Nadine:

—Por favor, acompáñeme.

Nadine estaba demacrada, pero parecía haber resistido bien las crueldades que habían cometido con ella.

Conducida al camarote del general, quedó tras éste que se hallaba escribiendo.

El hombre se dio la vuelta lentamente y Nadine vio un rostro que tendría poco más de treinta años.

—¿Me conoces?

—No.

—Yo tuve una grave enfermedad, un mal de Parkinson acelerado y raramente prematuro.

—¿Usted, usted es…?

—Sí, soy el hombre que recibió lo que te quitaron a ti.

—¡Canalla! Merecería haber quedado en la isla.

—Tranquilízate, por favor. Tú has sufrido mucho y vas a saber lo que nadie sabe, por eso he venido aquí a rescatarte a ti y a tus compañeras. Todas regresarán a sus hogares.

—Por mucho que me diga…

—Soy el general, sí, pero no el hombre que todos creen que soy. Parece un juego de palabras, pero no lo es. Sólo voy a decirlo una vez y nadie más que tú lo sabrá.

—¿El qué?

—Este cuerpo es el del general, pero yo soy Abbut.

—¿Abbut?

Los ojos de Nadine se agrandaron. Aquel nombre, el espectro sólo se lo había dicho a ella. Las células del feto habían vencido a las del militar dominando todo el cerebro de éste y ocupando su lugar.

—Ahora ya sabes que yo no soy culpable de lo que te sucedió. El militar culpable murió durante el trasplante y mi espíritu ocupó su cuerpo. No lo volveré a decir nunca más y tú tampoco lo revelarás jamás. Has dejado de ser una muchacha, eres ya una mujer con terribles experiencias. Te debo la vida y me gustaría que siguieras a mi lado el resto de la vida.

—¿Yo con usted? —balbuceó.

—Entre tú y yo hay muchos lazos de unión. Te daré toda la felicidad que pueda, pero el día que quieras marchar, serás libre de hacerlo y vivir tu propia vida.

—Lo pensaré —dijo, dubitativa.

Abbut, sólo para ella, la cogió por la cintura. La atrajo hacia sí y la besó en los labios. Nadine había dejado de pensárselo.

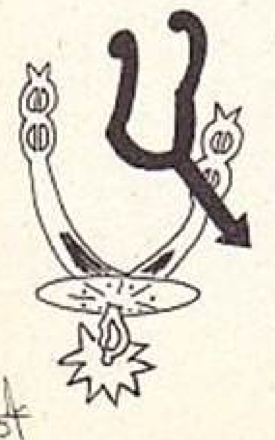
F I N







NUESTRAS COLECCIONES








Sucesor de los grandes maestros del terror Edgar Allan Poe y Lovecraft, escritores que jamás caerán en el olvido aunque sus cuerpos ya estén más allá de la muerte. Ralph Barby mantiene vivo este género clásico e inmortal, porque el ser humano siempre tendrá miedo a lo que ignora, a esos seres que quedan al margen de las dimensiones conocidas.

Autor de títulos estremecedores, Ralph Barby seguirá proporcionando a sus lectores nuevas historias a través de esta colección ESCALOFRIOS DE TERROR, una exclusiva de Ediciones Olimpic S.L., porque estremecernos de miedo es un placer que nos hace sentir más vivos.

Ediciones Olimpic, S.L.
Apdº Correos 9428
08080 - Barcelona

P.V.P. 100 Ptas